# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 13 de Abril | Núm. 14

Año XVI—No. 726


SUMARIO



# *Páginas de Fray Luis de Granada*

= Sacadas del *Memorial de la Vida Cristiana*. Tomo III de las *Obras completas*. Edición de Fr. Justo Cuervo. Madrid. 1907 =

*FRAGMENTOS DE LAS 'ORACIONES A JESUS'*:

Gracias te doy, dulce Jesú, a quien los magos (buscándote con entrañable devoción y fe) hallaron por la guía de una resplandeciente estrella, y derribados ante ti, te ofrecieron oro, encienso y mirra. Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazón, y dentro dél te adore en espíritu y en verdad, y con ellos te presente oro de resplandeciente caridad, encienso de devoción, y mirra de perfecta mortificación, y finalmente que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu sancta voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesú, que por darnos ejemplo de obediencia y humildad, quesiste por nosotros subjectarte a la ley, y ser llevado al templo en los brazos de tu sanctísima madre, y por ti se ofreciese ofrenda de pobres. Dónde el justo Simeón y la profetisa Ana, alegrándose con tu presencia, dieron magníficos testimonios de tu gloria. ¡Oh si nunca tocase en mi corazón ni un solo punto de vanidad! ¡Oh si de mí se desterrase muy lejos toda manera de presunción, y muriese en mí todo apetito de favor, y todo el amor desordenado de mí mismo! Concédeme, Señor, que huya yo todo loor humano, y que a todos los hombres por ti me subjecte, y a todos obedezca de buena voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesú, que conversando con los hombres, quisiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazón lleno de afición piadosa con todos, y de sancta compasión, para que me compadezca de las aflicciones de todos, y sienta las miserias ajenas como las mías proprias, y sufra con igual corazón las imperfecciones de todos, y socorra alegremente cuanto pudiere a sus necesidades. Limpia, Señor, y sana mi ánima perfectamente de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma, para que curada de todos estos males, y suelta ya de estos impedimentos, se levante libremente a lo alto, y no descanse hasta que por amor purísimo merezca llegar a tus divinos abrazos.



*Cabeza de Cristo*
Madera de *Feliks Jasinski*

Gracias te doy, dulce Jesú, rey del cielo y de la tierra, que estando ante el soberbio Pontífice como un hombrecillo vil y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dió en la cara. Refrena, Señor, en mi todos los ímpetus de ira y braveza, mortifica todas las repuntas de indignación y rencor, y apaga todas las centellas de cobdicia y de venganza, para que siendo yo injuriado, no por eso me turbe ni altere, mas furiéndolo todo mansamente, haga bien a todos los que mal me hicieren por ti. Pater noster. Ave María.

Gracias te doy, dulce Jesú, que estando en la audiencia de Pilato callabas a todas las falsas acusaciones y deshonras que te hacían, como manso cordero que no abre su boca ni resiste a los que le tresquilan. Concédeme, Señor, que no me turben las murmuraciones y infamias que de mí se dijeren, mas callando venza a todos los que me hacen injurias. Dame gracia de perfecta humildad, por la cual ni cobdicie ser loado, ni tema ser infamado por tu amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con grande abatimiento y con grande ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad a Herodes del juzgado de Pilato. Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos, ni me embravezcan sus injurias, ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y callando pase por todo, para que conforme a la lay de tus sanctos mandamientos en mi paciencia posea mi ánima.

Gracias te doy, dulce Jesú, que preguntado por Herodes con muchas palabras, y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, a ninguna cosa respondiste, sino todo lo venciste callando. Dame, Señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas, ni perder tiempo en fábulas ociosas, mas concédeme que siempre hable lo que es justo, y honesto y provechoso, según tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio de maldecir, y dame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne, y atarla a una columna, y allí ser azotada con terribles azotes, para que con tus heridas sanases las nuestras. Desnuda, Señor, mi corazón de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras, y vísteme del nuevo, que a semejanza tuya es criado en justicia y verdadera sanctitud, y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal corrección.

Gracias te doy, dulce Jesú, que tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mismos que te crucificaron heciste oración diciendo: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Dame, Señor, gracias de verdadera paciencia y mansedumbre, con la cual (conforme a tu ejemplo y mandamiento) ame yo a mis enemigos y haga bien a los que me hicieren mal, y húmilmente te suplique por ellos, y los perdone de corazón.

Gracias te doy, dulce Jesú, a quien escarnecieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias, cuando tú sufrías intolerables dolores y angustias en la cruz. Dame, Señor, que acordándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes, y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningún ímpetu de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningún torbellino de injurias me desvíe del

buen propósito comenzado, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni alguna otra criatura me aparte de ti.

### *DE LA SAMARITANA*

Pues acerca de la Samaritana se nos ofrece primeramente aquella ardentísima sed que el Salvador tenía de nuestra salud, la cual excede todo lo que se puede encarecer. De Sancta Caterina de Sena se escribe que cuando veía pasar por la calle algún predicador, salía de su casa, y besaba la tierra que el predicador había hollado, con grande devoción. Y preguntada por qué hacía esto, respondió que le había dado nuestro Señor conoscimiento de la hermosura de las ánimas que estaban en gracia, y que por esto tenía por tan dichosos a los hombres que entendían en este negocio, que no podía dejar de poner la boca donde ellos ponían los pies, y besar la tierra que hollaban. Pues si tal celo tenía esta sancta mujer por aquella poca de luz y gracia que tenía, ¿cuál sería el celo de aquél que era la misma fuente de gracia, de aquél tan grande amador de las ánimas, de aquél que venía a ser padre del siglo advenidero, y de aquél cuyas entrañas comía el celo de la gloria de Dios? Pues este tan grande amor hizo a este Señor descender del cielo a la tierra. Este le fatigaba, y le desvelaba, y le hacía sudar, y trabajar, y andar siempre buscando ánimas que salvar. Andando pues en estos pasos, llegó una vez a la ciudad de Samaria a hora de medio día, cansado, asoleado, sudado y fatigado con el trabajo del camino. De manera que aquí por nuestra causa se cansó el descanso, sudó el refrigerio, padesció hambre el pan de los ángeles, y tuvo sed la fuente de vida. Asiéntase par de la fuentecilla la fuente de agua viva así como cualquiera otro hombre pobre y flaco y necesitado. Ni pienses que se asentó para beber (porque no se hace mención allí de que bebiese) sino por esperar oportunidad para cazar un ánima que allí había de venir, y armarle un piadoso lazo en aquel bebedero. De manera que aunque estaba cansado del caminar, no lo estaba para bien obrar, y así llegando una mujer pecadora a aquella fuente, pidióle agua como cansado, y ofrecióle gracia como deseoso y sediento de su salud. Mujer (dice él) dame de beber. Considera pues aquí la humildad, afabilidad y benignidad incomparable deste Señor, que tan familiarmente se puso a platicar con esta ánima, enseñándola, alumbrándola, respondiendo a sus preguntas, convidándole con su gracia, y dándole motivos para pedírsela, como ella la pidió, aunque no entendía lo que pedía. Y si esto pasara con alguna persona discreta y de reputación, no fuera tanto de maravillar: mas todo este diálogo pasó con una mujer de cántaro, samaritana, idólatra, mujer de cinco maridos, y que actualmente estaba en pecado, que son las mayores bajezas que hay. Y con todo esto platica él Señor tan benignamente con ella: y no sólo platica, mas descúbrele tan claramente quién él era, por términos tan expresos, que apenas se hallarán otros más claros en todo el Evangelio. Y no contento con esto, añade otra mayor misericordia, que de samaritana la hace evangelista y apóstola de Samaria: y todo esto hizo viniendo esta mujer al pozo por un cántaro de agua, sin traer otros más altos propósitos y pensamientos, cuando ninguna cosa menos pensaba ni buscaba que lo que halló ¡Oh juicios y maravillas de Dios! ¡Oh secretos de su bondad y saduría! Pues ¿quién no ve aquí la grandeza de la bondad y misericordia deste Señor? ¿Qué hay en toda esta obra, que no sea pura gracia, pura bondad y pura misericordia? Porque donde ningún linaje de mérito hay de parte del hombre (sino tantas repugnancias y deméritos) ¿qué puede haber de parte de Dios sino sola bondad y misericordia?

Y porque nada faltase al cumplimiento desta misericordia, hízola el Señor tan de voluntad, y quedó tan contento de haberla hecho, que cuando los discípulos vinieron y le convidaron a comer, respondió él: Yo tengo ya de comer un manjar que vosotros no sabéis. Y preguntando ellos qué manjar era éste, respondió: Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió, y entender en la obra que me mandó, que es la salvación de los hombres. Pues ¿quién no ve por tales obras y palabras como éstas la inmensidad de la bondad y misericordia deste Señor, el cual tiene por su comer y su beber nuestra salud?

### *DE LA MAGDALENA*

Ni resplandece menos esta bondad y misericordia del Salvador en la conversión de la Magdalena. Porque ¿cómo se convertiera una mujer tan perdida con tan grande fervor y contrición, si el Señor no la despertara y alumbrara y previniera con su gran misericordia? Por lo cual S. Gregorio: ¿De qué nos maravillamos, hermanos? ¿De que María venga, o de que el Señor la reciba? ¿Que la reciba, digo, o que la traiga? Diré mejor que la trae y que la recibe. Porque el que con su misericordia la trajo de dentro, él mismo con su mansedumbre la recibió de fuera.

Estando pues el Señor comiendo en casa de un fariseo, dice el Evangelista que vino esta mujer pecadora, y llegándose por las espaldas a él (porque no osó parecer delante de su rostro) comenzó a regar sus pies con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos, y ungirlos con ungüento. Pues ¿qué invención, qué modo de satisfación y penitencia se pudiera hallar más propria ni más conveniente para esta manera de vida? ¿A quién no moverá a lágrimas y penitencia este tan nuevo linaje de penitencia? A lo menos movió al bienaventurado S. Gregorio, el cual hablando desta pecadora, dice así: Pensando yo en esta penitencia de María, querría más llorar que decir algo. Porque ¿qué corazón habrá tan de piedra, a quien no muevan a penitencia las lágrimas desta pecadora? Ca pensando ella en lo que hasta allí había hecho, no quiso poner tasa en lo que debía hacer. Y así entró donde estaban los convidados, y vino sin que la llamasen, y entre los manjares ofrece lágrimas: para que por aquí veáis con qué amor arde la que entre las fiestas de los convidados no se empacha de llorar. Porque como conosció las torpezas de su ánima, corrió a la fuente de la misericordia a lavarse en ella, sin avergonzarse de los que presentes estaban. Porque como ella estaba tan confusa de dentro, no tuvo en qué empacharse de todo lo que veía de fuera. Y prostrada a los pies del Señor, comenzó a regarlos con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos, y ungirlos con ungüento. Hasta aquí había usado esta mujer de preciosos ungüentos para regalo de su carne, mas agora emplea en servicio de Dios loablemente lo que hasta entonces había usado torpemente. Con los ojos había mirado y cobdiciado las cosas terrenas, mas agora los castigaba derramando por ellos muchas lágrimas. Con la boca había hablado palabras soberbias, mas agora sanctificaba esta boca poniéndola en los humildes pies del Redemptor. De los cabellos había usado para la compostura del rostro, mas agora con ellos enjugaba las lágrimas que había derramado sobre los pies de Cristo. De manera que de todos los deleites que para sí tenía, hizo holocaustos y sacrificios, y desta manera convirtió al ejercicio de las virtudes todo lo que había servido al de los vicios, para que todo lo que había ofendido a Dios en la culpa, le sirviese agora en la penitencia. Pues ¿quién no ve aquí cuán grande haya sido esta penitencia, y cuán grande la gracia y misericordia divina, que fué el principal despertador y causador della? Porque ¿qué cabeza, qué corazón, qué ojos fueran bastantes para derramar de sí un tan copioso río de lágrimas que bastasen para lavar los pies de Cristo? Y ¿qué ingenio bastara para descubrir una tan nueva invención para alimpiarlos, como era servirse para esto de los cabellos, sino de la gran luz y amor que el Señor en su ánima había criado? Y ¿qué de dónde nasció esta dádiva tan grande para que tan indigna criatura, sino de su grandísima bondad y misericordia? Mas toda esta grande penitencia no bastó para que no condenase a esta mujer el fariseo soberbio. Pero con todo esto absólvela Cristo callando ella, para que veas cuán diferentes sean los juicios de Dios y los de los hombres, y cuán buenas defensa es callar el hombre para hacer a Dios su defensor.

# Estampas

## A propósito del llamado "Día de las Américas"

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y abril del 35 =

En Botánica el herborizador hace un trabajo muy parecido al que en política imperialista hace la Unión Panamericana: situarse en cada uno de estos países en determinada época del año, recoger material y trasladarlo fuera de ellos para su clasificación definitiva. El material llega seco, porque la herborización es paciente y largo el recorrido. El ruido tiene que ser de cosa quebradiza. A la Unión Panamericana no desagrada ruido de fibrosidad tostada. En sus conferencias numeradas empaca periódicamente la espesa flora crecida en ellas al calor de tanto delegado entusiasmado que el panamericanismo organiza para su difusión y sostén. Forma en cada conferencia pulcrísimos herbarios que son despachados a Washington en donde el Consejo Directivo de esa Panamerican Union los recibe, clasifica y distribuye de acuerdo con la importancia panamericanista que tengan. Los hay de simple adorno como el que en este 14 de Abril o Panamerican Day, o Día de las Américas que dice ahora la nomenclatura de su original administrador señor Rowe, nos distribuyen marcado y con música y canto radiodifundidos. Adórnense estos pueblos con la nueva institución inventada por la gran herborizadora imperialista: la protección a todos los monumentos regados en nuestras tierras por las civilizaciones indígenas. Inauguran ese culto al monumento americano. Y suena a hojas secas lo que nos llega. Es ruido para distraernos. Ruido panamericanizante. Saben que somos distraídos y nos dan lo que puede satisfacernos.

Mientras proclama ruidosamente la Unión Panamericana la protección al monumento histórico, aunque esa historia nos sea desconocida, o se nos dé desfigurada, sirve al imperialismo que la organizó para instrumento eficaz, trabajando porque nos liguemos a su amo por medio de tratados comerciales. El tratado comercial es planta nacida y crecida también en el suelo abonado en una conferencia numerada. Sólo que no nos lo imponen con música y cantos radiodifundidos los 14 de Abril. Haría el ridículo la agencia imperialista poniendo música a los acuerdos de verdadera trascendencia conquistadora. Con el tratado el Consejo Directivo presidido por el Secretario de Estado yanqui lo que hace es insinuarlo casi secretamente. No conviene hacer ruido cuando está preparado el golpe infernal. Una vez ligado alguno de nuestros gobiernos por el tratado, entonces si viene la representación ostentosa y sin ocultaciones.

Pero como la Unión Panamericana no nos habla en este 14 de Abril, Panamerican Day y Día de las Américas, de los tratados comerciales, hablémosles nosotros y valgámonos de una información fresca que nos da Edward Tomlinson desde el "Herald Tribune". El periódico ilustró el artículo del escritor yanqui con fotografías de ciudades de América y con un dibujo en que aparece el Tío Samuel lleno de honda tristeza. El dibujo es el globo terráqueo cortado en el Canal de Panamá y en ese sitio, precisamente, el Tío Samuel acodado mira hacia abajo, hacia la América del Sur. A sus lados y en la línea circular están las naciones rivales de los Estados Unidos en la lucha comercial entablada para apoderarse de los mercados del Sur. Todas sonríen y lanzan hacia los países suramericanos barcos que corren como flechas con destino a puertos de Ecuador, de Perú, de Chile, de Argentina, del Brasil. Ese salir de barcos es lo que entristece al Tío Samuel.

La información de Tomlinson es reveladora y se abre así: "Mientras los apóstoles de la N.R.A., la A.A.A., la R.F.C. y todos los demás órdenes alfabéticos del régimen de Roosevelt invaden los periódicos y la radio con planes y propósitos para renovar y acelerar la industria y el comercio nacionales, expertos batalladores de los Departamentos de Estado y de Comercio trabajan francamente, pero sin ruido ni charanga, para recuperar algunos de nuestros perdidos mercados en el exterior, particularmente los de la América del Sur". Y a punto y seguido dice en qué consiste ese trabajo sin ruido ni charanga: "En el esfuerzo por restaurar el billón de dólares de nuestro comercio de Sur América, se están considerando tratados de comercio recíprocos entre varias de esas repúblicas suramericanas y los Estados Unidos". Nada nuevo, desde luego, pero sí es afirmación hecha por uno de los tantos sagaces informadores que el imperialismo tiene distribuídos por nuestros países. Tomlinson nos confirma lo que hemos estado oyendo desde la numerada conferencia de Montevideo: que el Departamento de Estado yanqui necesita tratados comerciales con nuestros gobiernos, urgentemente, como una imposición de su expansión comercial y política. Nos dice que en conseguir tales tratados están empeñados, sin alborotos, los Departamentos de Estado y de Comercio de su nación.

Con las afirmaciones de Tomlinson estamos escudados para los ataques de aquellos que nos atribuyan odio ciego a la avalancha yanqui. Dice ese escritor que es batalla fuerte la que han empeñado los hombres de la política imperialista para rehacer su tráfico con América. De suerte que cuando negamos ventajas al tratado comercial y lo descubrimos como garfio dispuesto a clavarnos hondo el vasallaje, no somos atolondrados por el odio. El tratado que busca el imperialismo es, no el instrumento que ponga en relación a estos pueblos con los Estados Unidos que producen y consumen, sino la liga que nos impida comprar a otras naciones rivales de los Estados Unidos.

El informador Tomlinson que venimos comentando da el cuadro bien contorneado de lo que está sucediendo al comercio yanqui. Naciones industriales han sacado de los mercados suramericanos a la nación yanqui. Tomlinson quiere decir que Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Rusia y Japón escogieron el momento en que los Estados Unidos abandonaron sus asuntos exteriores por estar absorbidos totalmente en la tarea de sobrevivir al desastre doméstico. Escogieron ese momento y le quitaron los mercados que llegaron a producirle un tráfico de un billón de dólares. Sólo la Argentina compró en automóviles, camiones, maquinaria agrícola, aparatos de radio, etc., doscientos diez millones de dólares en 1928. En 1934 esa cifra terriblemente halagadora bajó a cincuenta millones.

El escritor que informa al Departamento de Estado yanqui de la pérdida de los mercados suramericanos da una causa que no parece ser la verdadera. Mentira que los Estados Unidos han descuidado en ningún momento la atención esmerada de sus cuestiones exte-

riores. Y menos si esas cuestiones son con los países de la América nuestra. La confusión que las caídas estruendosas de la banca, de la industria, del comercio, trajo al yanqui no lo separaron de nuestros mercados. En cada uno de estos países hay varias organizaciones yanquis que tienen hundido un garfio de dominio en las actividades vitales. Son el medio de comunicación que tiene el Departamento de Estado para estar informado y saber qué deben hacer para no perder su poderío económico aquí. De modo que si en los Estados Unidos fué catastrófica la crisis en determinado momento, en nada influyó para que esa nación perdiera sus mercados en América. La vigilancia la tuvo siempre, y el conocimiento así, de que otras naciones llegaban a disputarle la presa americana. Lo que no ha podido tener el Departamento de Estado es la capacidad para imponerse a las poblaciones consumidoras con sus precios altos. Y como no tuvo capacidad perdió consumidores. Estos son hoy de industrias más baratas con las cuales la yanqui no puede competir libremente.

Y como no puede situarse junto a ella y arrebatarles el consumidor americano, acude a la invención del tratado comercial. El tratado cierra la competencia y entrega al yanqui el consumidor atado como un esclavo. Los cálculos de Tomlinson son de que los Estados Unidos han perdido en Sur América cuatro quintos del volumen comercial. Sólo les queda un quinto. Brasil, Argentina y Uruguay compran principalmente a Europa. Las demás naciones han dividido su tráfico comercial entre Rusia y Japón. Para conquistar las cuatro quintas perdidas impone el Departamento de Estado tratados. Es la forma rápida y segura de alzar las exportaciones. Y para que el tratado pase, para que la liga la acepten nuestros gobiernos, el Departamento de Estado hace gráficas y acude a estadísticas. Su nación es consumidora de artículos y productos que nosotros llevamos a sus mercados. Si no compramos mercaderías no entrarán nuestros artículos y productos a los Estados Unidos. Establecen la compensación para convencernos.

Ningún competidor, informa Tomlinson, es tan descarado, tenaz y peligroso como el competidor japonés. El ruso se ha contentado con situarse de primero en Uruguay y quitó al industrial yanqui el mercado de gasolina, aceite y madera que volvía prósperas industrias de los Estados Unidos. Los "camaradas" en Rusia calzan sus pies con zapatos fabricados con cueros uruguayos y cubren sus cuerpos con lanas también uruguayas. El intercambio ha sido eficaz y de esto se duele el informador Tomlinson. Nada más ha invadido Rusia. En cambio la actividad japonesa ha sido y sigue siendo alarmante. Especialmente en los países bañados por el Pacífico el producto japonés ha caído como un segundo flujo marino. Desde Panamá hasta Tierra del Fuego, los barcos que el entristecido Tío Samuel contempla como meteoros, según el dibujo que ilustra el artículo informativo de Tomlinson, vomitan productos de la industria japonesa. ¿Qué no trae Japón? Telas de algodón, sedas, cristalería, porcelanas, jabones, cepillos de dientes, pastas, papel, perfumes, etc., etc. El japonés no es industrial creador. Pero recoge apresuradamente muestras de lo que el yanqui y el inglés, y el francés y el alemán traen en telas, en artículos de metal, en papelería, y lo imita y lanza al mercado iguales novedades. El mismo artículo a precios sin competencia posible. Oigamos esta observación melancólica de Tomlinson: "Y venden esos productos los japoneses, los venden en las propias barbas de la más rígida competencia yanqui. Productos de algodón de las hilanderías de nuestra propia Nueva Inglaterra y del sur no pueden competir nunca, en precio al menos, con los de las manufacturas del lejano Oriente. Y lo que es más, Japón ya no compra el algodón exclusivamente de Georgia, Texas y el sur de California. Compra en cantidades enormes al Brasil, Colombia y Perú para devolvérselos luego hecho camisas, toallas, fundas y mosquiteros".

La competencia japonesa es incontrarrestable. Los Estados Unidos no podrán sacar al industrial nipón que ya empieza a invadir el campo yanqui en Sur América hasta en la llamada manufactura pesada. En los valles andinos de Chile corre el "Datshuns", modelo de automóvil con que Japón espera arrebatar el mercado rotario del Sur a los Estados Unidos. Y con la rueda impulsada por el motor lleva el japonés a precios imposibles de igualar por el yanqui, la llanta y el neumático.

La barrera nipona es inmensa para el Departamento de Estado, que según Tomlinson, trabaja sin ruidos ni charangas en la batalla que libra para reconquistar los mercados del Sur de esta América nuestra. Japón ha protegido su mercado con tratados estilo yanqui. Aquella nación que le permitió entrar a precios bajos su mercadería, dió al Japón protección con el tratado comercial. Con lo cual se adelantó al Departamento de Estado yanqui. La tarea es difícil para el yanqui imperialista por que otro imperialismo tan formidable como el suyo está defendiendo conquistas comerciales que no le será fácil a los Estados Unidos arrancarle.

De estos fantasmas no nos habla la Unión Panamericana. El Panamerican Day, Día de las Américas, lo dedica el Consejo Directivo a ponerle música radiodifundida a los monumentos históricos de tierras americanas. Con estos nos recuerda que estamos atadas a ella, que trabaja por nosotros, por nuestra cultura, por nuestra civilización. Y hasta nos querrá hacer pensar que el nipón con su invasión comercial pretende destruirnos esa cultura y esa civilización. Pero lo cierto es que los imperialismos tienen idénticos fines de conquista. Si el yanqui organiza fiestas tontas, como esta del 14 de Abril, es porque nos conoce y nos halaga para adormecernos más. Agradezcamos al supremo administrador de la Unión Panamericana, el señor Rowe, el rato de música y canto que nos hará llegar en este 14 de abril, pero recordémosle que conocemos la ferocidad con que en el Sur está venciendo al imperialismo yanqui, el imperialismo nipón.

# Recuerda sus días de prisión V. R. Haya de la Torre

= De *Claridad.* Buenos Aires. Noviembre de 1934. =

Sólo en momentos de charla confidencial se ha referido, antes de ahora, Haya de la Torre a sus meses del Panóptico. Sometido a la tortura física y moral de quince meses y cuatro días de encierro en una celda oscura y sin servicios higiénicos, recuerda aquellos días de dura prueba libre de todo rencor. Nunca perdió su fe en la gran causa que representaba y sabiendo que sufría tanto más que cualquier aprista estaba tranquilo de ser "el primero en el honor del sacrificio" por el Partido del Pueblo. Haya de la Torre, al salir de la prisión, no tuvo sino palabras generosas. Pidió a los Tribunales que levantaran el juicio a su torturador Carrasco, y jamás profirió una palabra de odio para ninguno de los hombres que se habían ensañado con él. "Nuestra causa es más grande que todas esas miserias. Aquellos hombres son víctimas de su anormalidad o de su educación inferior que no pudo dominar las pasiones primitivas" ha dicho frecuentemente el jefe del aprismo. "Nosotros debemos convertir nuestros dolores en una gran energía renovadora y ejemplarizante".

Al cumplirse el primer año de libertad, el único año completo que ha vivido Haya de la Torre en el Perú, sin estar entre rejas, desde 1922, ha accedido a conversar con nosotros sobre aquellos meses trágicos que le hizo pasar el Civilismo, sometiéndolo a la pena de una lenta agonía. El Perú entero sabe que Haya de la Torre ha sobrevivido por su gran fuerza física y espiritual. Según él, la fe en el aprismo y la fe en su destino de soldado de la Justicia Social lo arrancó muchas veces de la muerte.

*AQUELLA NOCHE*

"Aquella noche en que con gran aparato de fuerza fuí trasladado de la prefectura, —donde se me había tenido veinte horas sentado en el salón rojo de la Prefectura—, comprendí, cuando se cerraron las dos rejas que daban entrada a mi celda, que comenzaba para mí un nuevo período de mi vida, nos dice el Jefe. Realista como soy no me hice muchas ilusiones sobre el término más o menos pronto de mi prisión. Nunca creí, sin embargo, que se usaran contra mí tantas medidas odiosas de tortura moral. Por más de dos meses no vi nunca la luz del día. Un fuerte foco de luz, permanentemente encendido sobre mis ojos, me hizo perder la noción del tiempo. Dormía indistintamente de día o de noche. Para mí siempre era noche... Ignorante de todo lo que pasaba, recibí al día siguiente del fusilamiento de los ocho marineros la visita de un funcionario del gobierno de entonces. Me dijo que la escuadra se había sublevado. Me refirió el destino trágico de esos valientes muchachos y me afirmó que aquella sangre serviría de escarmiento y que el gobierno se consolidaría definitivamente. Además, me entregó un ejemplar de un diario, que le devolví sin abrir, conteniendo el relato de todo lo ocurrido. Para mí, que nada sabía, aquella versión me hizo comprender el esfuerzo heroico de los jóvenes insurrectos. Sólo pude responder a aquel funcionario que se equivocaba, que la sangre llamaría a la sangre y que, seguramente, miles de víctimas serían necesarias para que el gobierno se mantuviera por algún tiempo. Recuerdo bien, —nos dice después de una pausa, Haya de la Torre—, que pensé entonces en que no me había equivocado al afirmar el 8 de diciembre en mi discurso de Trujillo que una etapa sangrienta se iniciaba en el nuevo régimen en el Perú".

*EL BUEN DIRECTOR*

"Dor Arturo Valdez Muente fué un director generoso. Por serlo, durante la época en que la prisión estuvo bajo su mando, yo nunca intenté siquiera comunicarme con el exterior. Se lo había ofrecido espontáneamente y cumplí. Sin embargo, Valdez Muente fué acusado de debilidad. No era lo suficientemente cruel conmigo. Su debilidad consistió en reclamar que se me permitiera tomar un baño, después de mes y medio de encierro, y que se dejara entrar la luz del día a mi celda que carecía de ventilación suficiente. Valdez fué destituído y comenzó la época del señor Carrasco. Entonces, con la presencia de mi amigo el señor Rodríguez Larraín en la dirección de prisiones, se hizo posible, que casi a los tres meses se abrieran las ventanas tapiadas y viera la luz del día aunque no recibiera el sol. No puedo olvidar aquella tarde. Desde entonces volví a diferenciar el día de la noche, el tiempo me pareció menos largo y tuve la sensación de ser menos prisionero..."



*EL BUEN REO*

"Durante los quince meses de prisión, un condenado a 16 años me sirvió de asistente. Bajo el estricto control de mis vigilantes, que tenían que estar frente a mí mientras tomaba alimentos, me bañaba o me visitaba el médico, ese preso, Adolfo Riojas, hoy indultado, fué el silencioso compañero fraternal a mi servicio. Por acto espontáneo nunca dejó que probara alimento sin antes probarlos él. Yo no podía impedirlo aunque veía diariamente su proceder. Sólo diez meses después, cuando pude hablarle brevemente sin testigos, le pedí que no lo hiciera, y recuerdo su respuesta: "Si yo muero, no importa, si usted muere hace falta al Pueblo".

"En este noble mozo de nuestras serranías norteñas — añade Haya de la Torre,— encontré al hombre generoso que a pesar de las amenazas y de la severidad de las órdenes que se dictaban a diario para cercarme, me alentó en todo momento. Resistió al soborno y al castigo. Siempre fué alegre y fuerte. En las horas más terribles, después de la revolución de Trujillo, y después del 30 de abril, cuando las medidas de rigor se extremaron contra mí, Riojas fué el vigilante heroico de mi seguridad y en mucho, el defensor de mi vida".

*LEYO MUCHO, PERO NO PUDO ESCRIBIR*

Haya de la Torre va contestando a nuestras preguntas calmadamente. Pasa casi sin responder muchas de ellas. Al jefe no le interesan los detalles. Habla de aquello que considera más general e importante. Continúa:

"El señor Valdez Muente me permitió muchos libros, en inglés, alemán y francés. Durante mi encierro, antes de la prisión, había devorado algunas decenas de libros interesantes y como encontré una colección completa de textos de instrucción media, revisé todos los cursos, volví a resolver problemas de aritmética, álgebra, geometría y trigonometría, y comencé a leer libros de Derecho. Ya en el Panóptico, inicié un verdadero estudio de economía, sociología, filosofía del derecho y literatura. Dediqué tres meses a la Biología y Psicoanálisis. Muchos de mis libros de Oxford, Londres y Berlín, volvieron a ser estudiados. Distribuía mi tiempo como si estuviera en mi cuarto de estudiante. Y en la noche, volvía al teatro como cuando salía de la Universidad de Londres para ir al Old-Vic: leía a Shakespeare, del que soy gran devoto. También Goethe, Calderón, Lope de Vega y Bernard Shaw y otros autores teatrales modernos ocupaban mis veladas. Prensa nacional o en castellano no leía, porque la censura era estricta. Pero diarios y revistas de Londres, Berlín y Nueva York pasaban, después de una severa revisión, pero pasaban en abundancia. En esto, debo decirlo, algunos hombres buenos —que mejor es no mencionar por ahora—, empleados del Panóptico, me ayudaron, con el compromiso de que sólo se trataba de lectura".

"¿Escribir? Imposible. Un pequeño lápiz y el reverso de paquetes de cigarrillos me sirvieron en ciertas ocasiones para dar noticias de mi situación o comunicarme con otros presos. Pero esto era raro y difícil. La vigilancia fué siempre severa. Yo habría querido escribir muchas cosas. Dos o tres libros habrían podido salir conmigo del Panóptico. No dejarme escribir era una de las consigsignas y, naturalmente, una de las torturas".

*EN CAPILLA*

"Aquellos días de la Revolución de Trujillo fueron de gran inquietud, nos dice Haya de la Torre. Sin embargo, como apenas sabía lo que pasaba, no podía darme cuenta del alcance de los acontecimientos. La tarde del 26 de julio recibí un mensaje verbal, lacónico, y que, por la persona que lo llevaba, me merecía todo crédito: "Se ha perdido la revolución totalmente — me dijo— y mañana al amanecer será usted llevado a Trujillo para su juzgamiento por la Corte Marcial. Parece que ya no hay esperanza". Entonces comenzó mi noche de "capilla". La actitud sombría de mis vigilantes a la hora de comer fué bien expresiva de que algo grave se esperaba. Tan pronto como se marcharon, inicié la labor de escribir mi mensaje de despedida a la Nación y a mi Partido. Durante seis horas tracé con letras pequeñísimas en los papeles de cigarrillos aquel documento. Al margen de ciertos libros, escribí en inglés y en alemán, breves mensajes que podrían ser descubiertos algún día indicando el paradero del mensaje y también por escrito, confié a Riojas el derrotero"

*EL AMIGO AMABLE DEL CONDENADO A MUERTE*

Haya de la Torre calla por más de un minuto. Luego prosigue: "Aquella tarea terminó tres horas antes del amanecer, lo recuerdo bien. Y entonces recurrí a un libro que había escondido, porque en aquellos días se me prohibió obtener más lectura. Thomas Smollet, un célebre humorista escocés del siglo XVIII me sirvió de compañero inolvidable: **Humphrey Clinker** es una de sus obras más entretenidas. Les aseguro a ustedes que es una buena lectura para un presunto condenado a muerte!... Cuando terminé aquel libro, amanecía. Sentí como que un amigo amable se alejaba de mí. Esperé. Y esperé cuatro días, porque los mensajes anunciadores de la muerte no eran desmentidos. El 1º de agosto, oí la voz de un reo común que gritaba en el patio: "Haya de la Torre condenado a muerte!" Puedo asegurarles que lo único que me interesaba era que el plazo de la incertidumbre se abreviara. Sin lectura, aquellos días eran pesados y desagradables. Por eso me declaré en huelga de hambre durante una semana hasta que recibí nuevos libros y prensa. Un mes después supe la suerte de mi hermano y de otros compañeros, aunque imprecisamente, porque oí una conversación de los empleados durante una noche".

*CUANTAS COSAS MAS!*

"Algún día escribiré el relato completo de mi prisión. Quizá me sirva para distraer los días de la vejez, si llego a viejo, nos dice riendo Haya de la Torre. Por ahora no tengo tiempo para eso. Seis meses pasé en cama para evitar que se cumpliera la nueva amenaza de cerrarme las ventanas, si se me veía pasar delante de ellas por los vigilantes y espías, puestos expresamente para controlarme desde un patio. Enfermé. El día que fuí llevado a la enfermería a los diez meses de prisión, observé que iba dejando un rastro de sangre al caminar. Tuve que vendarme para evitar la várisis. Durante los dos meses de enfermería, compartí mi prisión con un loco y con dos moribundos, a uno de los cuales asistí en el trance final. Cuando la noche del 30 de abril volví a mi celda, se inició para mí una nueva etapa de rigores. Otra huelga de hambre de cinco días y un nuevo director, probo y humano, el Comandante Rojas. En esos días releí con cuidado la Filosofía de la Historia Universal de Hegel. Recuerdo bien que, entonces, cerraba el libro a las 11 de la noche cuando oía las marchas de la banda de músicos que salía de las audiencias de la última Corte Marcial... Hegel, es también un gran compañero de prisión!"

"Manuel Vázquez Díaz fué el primer compañero a quien pudo ver a solas dos días antes de salir. En él vi y abracé a todo el Partido. El coronel Pardo también estuvo la misma mañana de mi salida. A la 1 de la madrugada del 10, vale decir, a la misma hora justa en que quince meses y cuatro días antes se habían cerrado las puertas de mi celda, la cadena de hierro que me privó de la libertad me fué entregada. Salí con ella y aquí la conservo".

*NI UNA SOLA PALABRA DE RENCOR*

Haya de la Torre termina su relato. Ni una sola palabra de rencor han proferido sus labios.

"Al día siguiente de mi libertad, — nos dice—, comencé a trabajar para el Partido. Nunca he desarrollado mayor actividad que en estos doce meses de labor. Muchas ideas que desarrollé en mi celda están ya en marcha. Yo no tengo tiempo para ocuparme de alentar venganzas. La venganza del aprismo debe ser salvar al Perú. La tarea es difícil y estamos afrontándola con serenidad y con decisión. Estoy contento porque no perdí tiempo en la prisión y a pesar de las circunstancias terribles de mi encierro, estudié, pensé filosofé y proyecté. Los quebrantos de mi salud que produjo la prisión, están casi vencidos. Mientras yo viva, no distraeré un ápice de mis energías a nada que no sea la gran causa del Perú libre y justo. He jurado servir al Pueblo, he prometido poner al servicio de la justicia social todos los alientos de mi existencia. Por eso, en la prisión o en mi cuarto de trabajo, no pierdo minutos. Ni me preocupan las cóleras del adversario ni me conmueven sus amenazas. Tampoco me inferiorizan sus ofensas. Sobre ellas y a pesar de ellas, trabajo. Estoy seguro de que el pueblo del Perú está conmigo y sé que todo lo sufrido y todo lo hecho por mí, es digna ofrenda para su gran dolor y su gran anhelo de justicia. No soy más que un soldado del pueblo y él juzgará mi obra".

Haya de la Torre termina sus palabras y nos abraza. "Al fin han conseguido ustedes que hable, compañeros, de cosas que guardaba sólo para mí. Si ha de ser por el aprismo, está bien. Ahora, a trabajar ustedes y yo, porque ésta es la mejor manera de conmemorar el aniversario de la libertad".

## El vizcaíno en el Foro Romano

= Tomada de la excelente *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932), por FEDERICO DE ONIS. — Madrid. 1934 =

Hierba es ruin cuanto fué mármol fiero.
botín de abejas son las imperiales vías,
olvido sobre el Arco de Septimio Severo
que cobijara los gloriosos días.

Cizañas, hojas viles,
manchan las aras, en penumbras hoscas,
roncan los abejorros inciviles,
violinean, ruralmente, las moscas.

—¿Dónde estás, sueño ayer del mundo, el albo
varón que, perorando en la tribuna,
con la palabra te tuviste a salvo?
La hiedra escala el muro sin continencia alguna.

—¿La Historia, es jirón de humo
que desvanece el soplo de la vida?
Dices esto, en el solar magno, cepa torcida,
con tus granos que se hinchen de claridad y zumo?

Las lagartijas prueban sus alarmas
zigzagueando en las piedras.

—La enemistad del caos que vigilaba en armas,
tuvo su sede en esta orgía de las yedras,
aquí, ¿para que se alfombre
de ignaro césped y se borren las rutas

por las que iban las tropas de las carnes enjutas,
conduciendo a las selvas, claridad, ley y nombre?

—¡En los escombros, creo en el hombre!

Sale, clásico agüero,
del Arco de Septimio Severo
una paloma.

Alta, ejemplar y decaída Roma!

Cuando el Foro Romano fué armonía
aquí se irguió un alcázar, allá un templo
y, entre columnas, rotas hoy, movía
la ciudad, su alma de alto ejemplo,
en el remate de una vía
que de aquí salía, seguía, seguía, subía
y entraba en mi comarca montañera,
la sangre que aquí traigo, como aceite votivo,
fluía en la tiniebla de la noche primera.

—Entre escombros, hoy, bárbaro redento,
vivo.

Ramón de Basterra

(*Las ubres luminosas*. Bilbao, 1932.)

# Decoración de jícaras y huacales

= *Envío del autor.* Texto y maderas.—San José, Costa Rica, abril de 1934 =

El jícaro es un arbusto que crece preferentemente en las regiones cálidas de nuestro país; su fruta es empleada por el pueblo para hacer pequeñas vasijas de uso doméstico, a las que dan forma de canastillas, huacales y jícaras. En Puntarenas puede uno adquirir tales objetos por unos pocos céntimos; todos son decorados con gran sentido de belleza, dentro de una ejecución de artistas primitivos que realizan de dos maneras: policromando o labrando.



Faja que muestra el desarrollo de la decoración esgrafiada (parte) de una jícara ejecutada por Agustina de Morales

## *Jícaras y huacales policromados*

Las jícaras policromadas se usan solamente como adorno, porque las tintas empleadas no son fijas; son hechas en su mayor parte por los reos del presidio de San Lucas.

Decoración esgrafiada en un huacal, por Agustina de Morales. (Puntarenas)

Puede dividirse la jícara en cuanto a la distribución y orden del ornamento en tres secciones. La de la boca, ribeteada por una línea ancha de un solo color, o bien por un festón de colores alternos. En la zona más ancha ejecutan la decoración principal que puede ser interpretaciones de grabados de revistas, vapores, pájaros de raro plumaje, mariposas con cuerpo de mujer, ramilletes de flores en los que se realiza el recuerdo de las que vieron cuando eran hombres libres. La sección inferior o base es con frecuencia una figura geométrica de cuatro puntas o múltiplo de cuatro, descrita en un círculo, y muy semejante a las "estrellas" empleadas en la decoración de las carretas.

En el mercado de Puntarenas abundan huacales con dibujos polícromos muy primitivos, parecidos a los que ejecutan los niños, y en los cuales los temas son flores, mariposas y barcos.

Jícara "labrada" procedente de Orotina. (Provincia de Puntarenas)

## *Jícaras y huacales labrados*

Las jícaras, huacales y canastillas en sus decoraciones profusas han sido esgrafiadas con un cuchillo de forma muy particular, que es hecho con una lima vieja de acero. Las figuras se realizan en el primer plano, de un color que varía del verde jade al café oscuro; el fondo es amarillo paja, color que ofrece la corteza del fruto. El trabajo manual se facilita más cuando el fruto es cocido previamente; así los motivos pueden ser dibujados con lápiz.

Al igual que los policromados puede hacerse tres zonas de decoración. En la primera hallamos una faja ancha, o dos angostas en medio de las cuales aparecen grecas sencillas. La sección media, cuando la jícara es alargada, puede subdividirse en dos o más; sobre ella van los principales temas decorativos que los constituyen algunos pocos ejemplares de la flora y de la fauna tropical, realizados con mucha originalidad. Los animales, dentro de una común y sugestiva tendencia caricaturesca, conservan bastante de su carácter. En el fondo se dibuja una margarita de pétalos ondulantes o bien hojas anchas, seis u ocho, más o menos deformadas; puede también estar adornado con figuras geométricas en forma de rosetas inscritas en un círculo o en dos concéntricos.

En estas jícaras y huacales, que no son de tan vistosa ornamentación como las de México, ni tan delicadas como los calabazos de Ayacucho, el sentido de composición, equilibrio de las masas y la armoniosa distribución del decorado, son insuperables.

**Gilbert Laporte Soto**

(Del libro en preparación: *Las Artes Plásticas en Costa Rica*)

# A la memoria de Ramón de Basterra

*(Al inaugurarse, el 27 de enero de 1935, en Bilbao, el busto que esta villa le ha erigido.)*

= De *El Sol*. Madrid =

## *RECORDANDO*

Sr. D. Pedro Mourlane Michelena.

Mi querido amigo: Hará cosa de ocho años o diez, algún vivaz y dinámico informador, en plan de encuesta o entrevista, logró inmovilizarme durante ocho minutos en un "taxi" para interrogarme, entre dos alzadas de banderín, acerca de diversos asuntos. Me preguntó, por ejemplo, quién era, a mi juicio, entre los poetas españoles de aquella sazón, el príncipe. "Ramón de Basterra", hube de contestarle mientras forcejeaba en abrir la portezuela para bajar.

Me acuerdo de que esta improvisación produjo, al publicarse, cierto escándalo en los corros, porque se creía que la "plaza" en cuestión estaba "cubierta", y cubierta "por oposición", que es como en España se cubren. ¿Quién se atrevería aquí a rehusar al único catedrático de Antropología o de Seismología que el Estado sustenta el honor de ser el primer antropólogo o el primer seismólogo, respectivamente, del país?... En el caso de los poetas líricos, los ejercicios de oposición toman la forma de "antologías". De tiempo en tiempo, con plazos progresivamente abreviados por la prisa, se reunen en tales concursos los propios interesados. Una varia y muy sutil estrategia de jerarquías y exclusiones precede a cada tenzón. En las antologías de la época a que me refiero, mi príncipe no se encontraba. Es posible que tampoco figure en las antologías más recientes.

¿Qué importa? Más de uno entre quienes asistan a la inauguración del monumento de Bilbao pensará hoy, así lo espero, que era yo, en aquella coyuntura, quien tuvo razón... Y que esta doble hinchada vena verbal y figurativa del gran barroco que fué nuestro amigo es la que mejor trasfusión de sangre puede traer a la anemia de nuestra poesía contemporánea.

Y eso, dentro de diez años, todavía se verá mejor. Suyo,

**Eugenio D'Ors.**

26-1-35

## *CON RAMON DE BASTERRA*

En 1913, cuando vivíamos los dos en la primera Residencia de Estudiantes, Ramón de Basterra me dejó un ejemplar de la "Etica" de Spinoza, comentado todo por él con rayos, espadas, flechas, expansiones lineales. El libro, con su dinámico halo, parecía un sol del Norte en la mañana.

Ramón de Basterra tenía en sí un alto poder oriental, como el sol de la mañana. Era también excesivo y secreto. No se podía con él. Este es mi mejor y más cariñoso elogio a su memoria.

**Juan Ramón Jiménez.**



*Ramón de Basterra*

Dibujo de *Almada*

## *A BASTERRA, POETA*

Dijeron cuando se murió: "La fiebre de una labor literaria copiosa y difícil le ha perdido". Y agregaban: "Como tenía que desarrollar tal esfuerzo en la persecución de la forma barroca y martirizada, la razón, al último, le ha fallado". Pero ésas son palabras que se pronuncian a la ligera; la misma piedad las dicta, por ese deslizamiento enfático con que se desmanda el elogio si no es contenido a tiempo. Basterra no producía con dificultad, ni menos con angustia; tampoco su labor fué exorbitante, y lo torturado o extraño, lo barroco y tropical de su estilo, correspondía de manera lógica al giro de su propia inteligencia. Si los escritores de lenguaje martirizado, los que sudan sobre las cuartillas y andan furiosos detrás de las palabras difíciles, tuvieran que enloquecer, Góngora y Flaubert hubieran perdido la razón veinte veces, y se sabe, sin embargo, que eran personas de vida bastante sensata y burguesa. Se nace loco como se nace suicida, y desde luego, poeta. Y perdónenme los pedagogos este breve desahogo determinista.

Lo que no puede siempre el hombre es elegir su camino y situarse en la vida en la actitud que exige su propia naturaleza. Ramón de Basterra se dispersó en empeños contradictorios, a veces desproporcionados, que le desviaron con frecuencia de su verdadera ruta. Pienso en esto siempre que leo la composición tan exactamente titulada "El sacrificador de sí mismo", en cuyos versos se me figura entrever una parte del drama literario del poeta. ¡Elegir! ¡Acertar a elegir! ¡Qué raramente se consigna lo que parece tan fácil!

Más de una vez, con lágrimas, interrogo
al Destino,
que me alueña del uso habitual de las cosas,
¡pobre de mí, dulce hábito de las manos mimosas!,
por osar rumbos fuera del trillado camino.

Víctima y elegido de raros pensamientos
y singulares penas, hollando el rumbo al día,
pienso en las vidas quietas que hacia la dicha guía
la costumbre, lucero de párpados lentos.

¿A quién busco vagando por exóticas plazas,
a sombra de las góticas flechas, del levantino
alminar y del mundo tragaluz bizantino,
ademanes que yerguen en la Historia las razas?...

Nacido para la ternura y la poesía, acostumbrado al mimo como un niño grande que era, sintiendo religiosamente el paisaje, sobre todo el paisaje natal; hecho para la contemplación, para el canto y la alegría y la amistad, la fuerza de los misteriosos vientos lo empujó a navegar en parajes extraños y duros. Hasta la vida que parece más lograda no es, en el fondo, sino una equivocación; pero Ramón de Basterra tuvo además en su contra a la Patología. Indefenso Damocles bajo la amenaza injusta y cruelísima, el poeta logró, sin embargo, sobrepujar su propia infelicidad. Vivió noblemente, valerosamente, sin permitir que la inútil queja descompusiese demasiado su actitud risueña, afable y reflexiva, y dejó páginas que indudablemente con el tiempo serán estudiadas y apreciadas como reales obras de alta excepción.

**José Mª Salaverría.**

## *ENTUSIASMO DE ACERO*

¡Basterra sin resolver! No se resolvió en su poesía tan llena de atisbos, de impulsos, de bellezas, de esperanzas y de errores. La muerte no le dejó intentar la final resolución de su espíritu. Y sin embargo, se le veía en los ojos. En los ojos, Basterra era un hombre resuelto. En la mirada, en el habla, había tomado partido, el partido del entusiasmo desesperado. Estaba ya junto a muchos entusiasmos al borde de lo épico, en plena conciencia de un sentido de España universal, adquirido en sus viajes de diplomático. En lo más español suyo—no en aquel gracioso bigote contrahecho—, en la mirada de puro temple español de acero, estaba su resolución. Siempre que leo, y siempre con gusto, los versos de Ramón de Basterra, mi amigo, acabo por alzar la vista y buscar en alguna parte dónde se posaba, dónde se posa, aquella mirada de desesperado entusiasmo de acero que es lo mejor de mi recuerdo. La muerte de Basterra me sonó y me suena al quebrase de una hoja sutil, espejeante, que estuvo esgrimiendo con la

(*Pasa a la página 219*)

# Filosofía de los zapatos viejos

Por *GERMAN ARCINIEGAS*

= De *El Tiempo*. Bogotá =

El libro de Luis Alberto Sánchez sobre Haya de la Torre (1) me ha hecho recordar un novelín célebre en la literatura socialista, que si mal no recuerdo pertenece a la cosecha de Herbert George Wells. El novelín lleva por título "Esta calamidad de los zapatos viejos", y se reduce a transcribir las reflexiones de un tipógrafo que, trabajando en un sótano, miraba a través de un tragaluz la miseria humana pintada en el desfile de zapatos viejos que corría a la altura de sus ojos. Aunque el tipógrafo alcanzó a columbrar cómo podría redimirse a los hombres de "la calamidad de los zapatos viejos", mediante el socialismo, yo recuerdo que, cuando leí el novelín en mis mocedades, me quedaba rezagado en la lectura, para celebrar al escritor que había podido localizar en un detalle de suelas y tacones las más grandes desventuras de nuestros prójimos.

La verdad es que hay personas, y esto es lo ordinario, que se dejan mandar por los zapatos; personas que hacen depender su decoro de un simple detalle que llevan en los pies. Una suela que empieza a abrir el ojo, y que de pronto deja una grietecilla por donde el frío de las baldosas o la humedad de las lluvias trepa hasta el alma, hace que el alma se agache, que el hombre se considere inferior, que pierda la propiedad, el aplomo para hablar. No hay centro nervioso en todo el organismo humano que tenga el poder de una suela para producir un instantáneo complejo de inferioridad. Y la tragedia del estudiante pobre es ésta. Ese estudiante va penetrando en un mundo de sombras a medida que le ocurre la decadencia del calzado. A medida que se descose la puntera y que cabillos insignificantes de cáñamo ponen gritos de angustia en la calenturienta imaginación de los muchachos. Ya parece entonces que se rueda hacia un abismo inevitable, la mano se niega a darle lustre al cuero, el ánimo no acompaña para presentarse delante de los señoritos bien, etc.

Recuerdo a uno de los más gallardos compañeros de mi juventud. Un muchacho cuyo perfil y cuyas manos eran una estampa de sangre blanca. Hubiera sido querer tapar el sol con las manos, como vulgarmente se dice, negarle a él su abolengo de hijosdalgo. Pero el muchacho, orgulloso y ambicioso, resolvió hacer su carrera de medicina sin implorar apoyo de sus padres, heridos entonces por la crisis. Logró que en la escuela militar le adjudicasen una cátedra. Ganaba unos veinte pesos al mes, y con esos veinte pesos pagaba la pensión—por ahí en una fonda que si no me engaño era nada menos que la misma de la Loma—y se vestía, y cubría el valor de las matrículas. Y recuerdo a esa juvenil estampa de lindo caballero sin un centavo, que apurando el paso recorría la ciudad de punta a punta para alcanzar a dictar sus lecciones en la Escuela Militar, con los zapatos rotos, empapándose los huesos, y, sin embargo, con qué gesto de más perfecta dignidad! Y pensad que un día, cuando andaba en tales apuros, acertó, por San Francisco, a pisar en un casco de botella . . . Y el pobre casi corría entonces para que la huella de su sangre fuera más leve y no pusiera con escándalo avisos de su infortunio.

He pensado en todas estas cosas y he pensado en por qué Chaplin ha puesto a descansar las bases de su tragedia sobre sus zapatos orejones que viven riéndose de su dueño, por pensar en Haya de la Torre. Porque Haya de la Torre, tal como se desprende del libro de Luis Alberto Sánchez, libro que hará a su figura codearse con las de las vidas de Romain Rolland, Haya de la Torre, digo, surge precisamente de ese ambiente que forman en Lima, lo mismo que en Bogotá, los estudiantes pobres que llegan de la provincia. Estudiantes de buenas familias, como la familia de Haya, blanca por todos cuatro costados, pero que van a la capital sin más bordón que el de su entusiasmo un tanto romántico, un tanto político, pero irremisiblemente idealista. Y Haya es en Lima, recién llegado de Trujillo, el muchacho grandote, francote, alegrote, que cae a revolver los avisperos estudiantiles, con los zapatos rotos, los pantalones brillantes como un espejo y deshilachados los codos de la americana.

Haya de la Torre no se dejó mandar por los zapatos. Tenía, claro está, su decoro. Pero no se acobardaba hasta pensar en que alguna vez los zapatos pudieran enseñorearse de su conciencia. Por encima de la pobreza, se le veía entonces y se le vió siempre luego, y se le ve todavía, gritar como una bandera de seda, diáfana, alegre, triunfadora, una risa detrás de la cual se puede ir alegremente a todas las jornadas, sin exceptuar las jornadas de la muerte. Toda la raíz revolucionaria de Haya de la Torre está en su actitud de agitador estudiantil. Allá aprendió a tener la responsabilidad de un conductor de masas, que lleva entre sus manos lo mismo la custodia de los principios, que la custodia de las vidas. Haya paseaba sus muchedumbres por

*Pasa a la página siguiente*

(1) En las Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1934. El tomo VII de la «Biblioteca América»:

Luis Alberto Sánchez: *Raúl Haya de la Torre o el Político*. Crónica de una vida sin tregua.

*Haya de la Torre*

Dibujo de *C. Fernández Ledesma*

# El hombre del alba

Por *ALBERTO GUILLEN*

= *Envío del autor*.—Arequipa, Perú. 1933 =

Víctor Raúl Haya de la Torre! Haya, árbol fornido,
símil de fuerza. Pájaros en los brazos, vuelos!
Torre, por la torre la tierra se levanta, se pone de pie,
sube, coge el cielo. Torre, evocación de vuelo
de campanas. Torre, cordera madre
que coge el rebaño de la ciudad con su balido.

Víctor Raúl Haya de la Torre! Me ponía a redoblar
cada vez que llegaba a mis manos su nombre.
Sentía estremecerse algo en mí como el feto en la curva,
en la hinchada gravidez de mi alma.
Llegaban sus palabras a mi raíz de hombre,
aun sin voz, aun sin sílabas sonantes,
como si usted fuera la conciencia viva de nuestro día,
el cimiento en que iba creciendo el alma de mañana,
la hurgoneadora voz de aquel que está clamando
dentro de cada uno por una realización más ancha de la vida.

El tiempo había devorado las letras de su nombre,
me las había arrancado de las manos.
Pero oscuramente germinaban tallos, luces de madrugada.
Quería recobrarle amigo. Porque era usted para mí
algo mío que debía volver a la luz.
Era usted para todos el dolor que nos estaba diciendo
que faltábamos a nuestro deber de hombres
al no sacrificarnos para hallarnos.
Porque la vida siempre tiene un mañana.
Y porque el germen debe pudrir
para ser árbol donde el viento venga a plantar su vela.

Ciertamente era usted uno de los exterminadores del caos,
uno de estos pocos que iba empujando el porvenir con el pecho
como la raíz empuja al árbol hacia el cielo.
América se movía en el bronce fundido de su palabra.

*Pasa a la pág. siguiente*

# El hombre del...

*Viene de la página anterior*

El fermento bolivariano lo pudría a usted,
y era usted mismo la semilla de un mañana nuestro.
De usted, de nosotros, de estos brotes oscuros,
caminadores bajo la tierra de tiempos miopes,
iba a salir, está saliendo el alba. Porque así
como los gallos son los picapedreros de la mañana,
de su voz, de nuestra palabra va a germinar el día.
Porque su sangre erigía arcoiris para que pasasen las albas,
y porque lo sentíamos en el pulso del arroyo
y disperso en el viento, y porque estaba usted vivo,
crucificado en cada entrecejo de hombre.

Porque hay palabras en usted, campanarios tan blancos
que parecen pensamientos alzados.
Porque subimos todos sobre este anhelo
como subían los hombres sobre los ladrillos de Babel en el cielo.
Porque el porvenir está respirando, está balbuceando ya
en las manos de los que como usted han venido de sí mismos,
del gran esfuerzo y la parición de sí mismos.
Porque es usted suyo y del mundo, su obra y la de todos.
Porque su voz venía de su gran dolor, de su esperanza callada y nueva
a cobijarse bajo el aire de todas las banderas.

Y así yo, este yo de piedra y de música,
esta alma que ha crecido con las montañas de mi Arequipa como nodrizas,
esta alma que tiene la tenacidad de mis ojos
y el tamaño de mi esperanza, esta alma
lo veía pasar a usted acompañándolo con un redoble bajo el pecho
por todos los caminos de mi América.
Recogía usted ciudades en la mano
como la noche cuando guarda sus montañas.
Nos llamaba usted desde las cuatro esquinas de la tierra
como un tambor de amanecida. Porque, ya lo dije:
traía usted la aurora entre los brazos.
La ha traído, está aquí respirando como una niña.
Y dije más. Dije que en su palabra se acunaría
como un embrión en el surco materno
la esperanza tan larga, tan fatigada, tan potente
del hombre moreno de mi América.

Y aquel abrazo se ha hecho flor y fruto.
Era azahar mi palabra lejana.
Su voz ha cobrado voluntad de árbol y decisión de camino.
Sobre su voz vamos.
Porque, una vez más, en usted se ha hecho carne el verbo:
he aquí uno que es el camino, la verdad y la vida.
Camino al porvenir que marcha con nosotros.
Verdad de ahora que está doliendo en todos con dolor de parto.
Y la vida más nuestra, más en la mano de todos, como la quería
quizá Bolívar, quizá Lenín y de seguro el zapatero remendón de mi esquina,
que está sudando con el martillo musical en la mano
y sobre la rodilla de mis zapatos y los suyos
que dejaron su polvareda por todos los caminos de los días.

Por eso, en el mástil de esta palabra mía inscribo su nombre.
No importa que otra mano, aun la del viento cainita
arranque su grito de aquí y deje mi asta sin bandera.
Quedo yo, al pie de mi montaña
como una diana a los pies de una sierra madrugada.
Lo espero aquí, solo como el árbol que va sosteniendo el día,
aquí, en esta casa suya que está amasando pájaros para recibirle
cuando venga. Sé que ha de venir, que está viniendo siempre
como el agua de mi río que me trae panoramas
como un vendedor de cartulinas.

Viene usted, vendrá siempre como un viento encendedor de pensamientos
y tan parecido a mi sacristancito de San Juan de la Chimba,
que se llama Domingo y me dice siempre "niño Alberto".
Ya ve, niño soy aún de brote y de entusiasmo.
Por eso estoy, estaré aquí, niño laceador de vientos
y trampero cazador de cantos,
hoy mañana, allá, detrás de todos los caminos de la duda,
recogiendo en mis manos, brotadas de canciones y de pájaros,
este montón de ondas, este flamear de alas que suscita
su palabra levantada como un saludo,
como una mano, como un reclamo a los hombres todos de la tierra.

# Filosofía de los zapatos...

*Viene de la página anterior*

Lima, aguijoneado por las arbitrariedades de la dictadura, fomentaba huelgas, puntualizaba los principios de un nuevo derecho, metido él mismo dentro del vértigo de sus ideales, con sus zapatos viejos y su risa homérica.

Haya fué desde entonces el tipo del estudiante americano. No hubo gobierno que no le tentara para que pudiera mejorar su calzado. Pero él tenía la dignidad de su generación actuando como su propia conciencia. Fué como debe ser el estudiante en todas las épocas. Y como es necesario que sean los estudiantes de ahora. Porque ha habido, y ahora mismo los hay, estudiantillos que se escurren debajo de las piedras de la universidad, con los ojos brillantes y golosos, buscando cualquier canonjía o puestecillos en la administración pública, o trampolines para ascender anticipadamente al gobierno, sin recordar que el estudiante ha de ser una contradicción, la negación de las generaciones que están arriba, la imposibilidad metafísica de adular a quienes tienen entre sus manos posiciones qué ofrecer, sueldos que repartir. El único capital que lleva entre sus manos una generación que empieza a vivir es el de no entregarse.

Yo recuerdo cómo Haya de la Torre se hizo compañero de todos nosotros, de todos los estudiantes de América, cuando él y nosotros apenas armábamos castillos en el aire desde el patio de la universidad. Cuando la dictadura de Leguía le apresó y lo envió a la isla de San Lorenzo, y él proclamó la huelga del hambre, nosotros desde Bogotá estrechábamos las manos de los muchachos de Lima y Trujillo. La emoción era la misma y una misma la maquinaria para salvar los destinos de una generación continental. Recuerdo que personalmente a mí me tocaba recibir toda la correspondencia de Haya cuando iba él camino del destierro por Panamá y por Cuba, para dirigirla desde Bogotá, metiéndola en cubiertas que no inspiraran temor, a los amigos que en el Perú se quedaban en espera de sus noticias. Sabrosos tiempos de juventud en que se combatía e iba a la conspiración por mantener intacto aquello que se amaba. Y tiempos que viven todavía dentro de quienes de veras los vivieron, porque se prolongan en la conciencia y la mantienen.

Yo miro hoy con el mismo respeto de siempre al estudiante de Trujillo, de los zapatos rotos, los pantalones lustrosos y los codos deshilachados, porque me parece que no ha menguado en él el ímpetu ni la dignidad ha decrecido, y porque la vida sin tregua que pinta su biógrafo me parece la más fecunda enseñanza que pueden recoger quienes ahora surgen.

# A la memoria de Ramón...

vida y no llegó a clavarse en el corazón que buscaba.

**Pedro Salinas.**

### *UN VERDADERO POETA*

Madrid, 26-1-1935.

Señor D. Pedro Mourlane Michelena.—Madrid.

Mi querido amigo: Me recuerda usted en su carta que mañana, domingo, se inaugura en Bilbao un monumento que la piedad y el recuerdo de sus amigos dedican al poeta Ramón de Basterra y me pide unas cuartillas dedicadas al que fué tan grande amigo nuestro. Me coge su demanda tan de improviso, tan enfrascado en cuestiones de otra índole, que, en realidad, no sé qué escribirle. Para ello tendría que ponerme a recordar, y he de confesarle que el recuerdo me pone triste, muy triste y pesimista. Y, francamente, no quiero estar triste ni ser pesimista. A medida que voy ganando en años, que es como perder en vida, se rebela más mi ánimo contra el ánimo triste.

Yo conocí a Ramón de Basterra cuando él comenzaba a estudiar Derecho y yo no sé lo que estudiaba; todo y nada, porque mi apetito de conocimiento era entonces tan grande y tan indisciplinado, que acudía a todas partes—tontamente—, como el torete al trapo rojo o el niño distraído en la clase al vuelo zumbante del moscón. Desde el primer día que nos vimos nos hicimos grandes amigos. Era entonces Basterra la estampa de la alegría, un efebo rubio y mordaz, que se embriagaba por las mañanas con las sonoridades luminosas de los versos de Darío. Pasaba de su trato con las Musas, sin transición de ninguna clase, al de los calvatruenos y calaveras más acreditados de Bilbao. Necesitaba a todo trance divertirse, y todo para él era diversión: versos, libros, viajes, comilonas, mujeres; todo menos el Derecho, que por lo demás no le aburría, pues estudiaba la víspera de examinarse y le bastaba para aprobar. Y no quiero recordar más, amigo Mourlane, porque a los pocos años el Destino se le volvió adverso y el pobre Ramón comenzó a desvariar; pero no como desvaría un pobre de espíritu, sino con una tal superabundancia de ingenio y de visiones poéticas, que su desvarío, si desvarío era aquello, se revestía de grandeza y de luz. Se ha dicho que Basterra era el mejor poeta español de su generación. Yo no lo sé, ni me importa saber quién es el primero en nada; me parece una puerilidad jerarquizar a los hombres de espíritu en esa forma. Yo sólo sé que Ramón era un poeta, un verdadero poeta, y que en sus versos, a veces duros y poco construídos, con frecuencia desiguales, había tal abundancia de emoción poética y de visiones poéticas, que contrastaba con la flaca vena, con la falta de imaginación y de poder inventivo, con el desmayo lírico de los poetas exangües y superferolíticos de su momento.

(Viene de la página 216)

Y nada más, amigo Mourlane, nada más, porque sin querer me pongo a recordar, y ya le he dicho al comienzo que el recuerdo me pone triste.

Un fuerte abrazo de su buen amigo,

**Juan de la Encina.**

### *SU IDIOMA*

A la Escuela romana del Pirineo, acueducto de claridad "en las montañas rebeldes", dedicó Basterra uno de sus libros.

Desde el fondo de sus nieblas, como él decía, va a Roma a llevar un ramo verde de sus robles a la estatua del emperador Augusto. Porque...

El celta de ojos garzos y de auroral cabello
se debe a Julio César, a Ulpio Trajano el fiero
geta, a ti, Augusto, nosotros nos debemos.

Ha quedado atrás el paisaje natal — "veredas inocentes a que asoma el helecho, la pálida flor de argoma y el madroño encendido" — que el poeta veía tras las rejas de la lluvia.

Descubre en Roma el canon por el que el alma "a ley sumisa permanece", y descubre la pauta, hecha de números concordes que alía el cielo con la tierra.

Cuando sale de Roma jura servir a la razón risueña que ha ordenado allí "las piedras y las almas". Ama ya desesperadamente la forma, y bajo otros cielos, Madrid, Bucarest o Caracas, se desvive por alcanzarla. Labra su estilo en materia resistente y se tortura para traer a su idioma, contorcido y sesgado en alabeos barrocos, la armonía y la gracia.

"Soy — nos dice muchas veces — el domesticador de palabras". A someter y subyugar un idioma que le es arisco se da por entero. Extrae, eso sí, del pedernal un centelleo fulgurante que trasfigura las cosas y nos da más de una vez en lo hondo de la conciencia.

La poesía — le decimos nosotros — es misterio en plena luz. Es don de claridad, a la vez que el don mágico con el que hay que atraer, reconciliar y construir, al modo de aquellos poetas que se llamaron constructores de pueblos y consejeros de reyes.

Asiente Ramón con entusiasmo y recomienza la obra que ha de legarnos, obra que con el tiempo se nos depura y acendra. Tres poetas de primer orden ha dado Bilbao; dos, vivos, Unamuno y Rafael Sánchez Mazas, parientes por el apellido Jugo, y Ramón de Basterra, que desterrado de sus lares por la muerte, hoy se restituye en efigie a su Bilbao y al de los suyos.

**Pedro Mourlane Michelena.**

### *UNA ANECDOTA SOBRE RAMON DE BASTERRA*

Conocí a Basterra, sin saber quién era, tiempo antes de que nos presentaran. Debió de ser alguos años antes de la guerra, porque me veo muy muchacho en el recuerdo. En aquella época madrugaba yo mucho, y muy de mañana me daba grandes paseatas. Castellana abajo, me encontraba indefectiblemente, en el paseo solitario a aquellas horas, a un hombre joven, muy peripuesto, metido en un gabán ostentoso, con guantes admirables, bombín y un rostro entre clerical y anglosajón, en el que se acababa de rasurar una fuerte barba.

"Por ahí viene el secretario del obispo", me decía yo, mirándolo de reojo. Basterra pasaba velozmente a mi lado, con un aire casi hostil. Cuando lo conocí, algún tiempo después, vi que era todo lo contrario: jovial, afectuoso, de conversación tan cordial como ilustrada. Quisiera recordar cuando nos presentaron; pero confundo varias escenas: acaso fué en el "cuartito" de la calle del Correo, en Bilbao, adonde Juan Carlos de Gortázar me llamó para que leyese unas conferencias sobre la música entonces moderna: Ravel y Debussy; en suma, a la altura del 1915, poco más o menos. O bien fué Félix de Norzagaray, en la Sociedad Bilbaína, o Mourlane

Michelena, entre angula y becada, en casa de Luciano.

Luego nos encontramos frecuentemente en el Ateneo madrileño, en un grupo cuyas conversaciones sobre pintura moderna me atraían: Iturrino, D. Leopoldo Gutiérrez Abascal y D. José María Soltura formaban parte de aquel grupo. Basterra llegaba siempre de prisa, escuchaba un poco, se ponía nervioso, se frotaba las manos, enunciaba una discrepancia y se marchaba corriendo. Por los pasillos del Ateneo nos cruzábamos como dos expresos (él, más bien un tren de lujo; yo, un simple correo); pero aun tenía tiempo de lanzarme un "¡Hola, músico!", afectuoso en la prolongación de las aes e irónico en la de las oes.

Don José María Soltura dejó de ir al Ateneo, y abrió su "cátedra de estética" en El Gato Negro. De estética social, de buen gusto en la conducta o de buen tono en el pensamiento. Iban allí, entre otra gente que no recuerdo, Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, García Bilbao, "Juan de la Encina", algunas veces los Lissárraga, Vighi y acaso Vegue, Juan de Echeverría, Salaverría. Angel Sánchez Rivero, con su risita, y unos señores muy pelmazos, a uno de los cuales Cipriano Rivas llamaba "don Lata".

Basterra, que por entonces iba y venía de sus lejanos menesteres diplomáticos, hacía muy raras apariciones en aquella tertulia. Hablaba de Trajano, su gran descubrimiento. Y encomiaba, por encima de toda ponderación, a Maeztu. Debió de haber publicado éste recientemente "La crisis del humanismo". Basterra hablaba de ese libro en tonos inflamados, dirigiéndose a Valle-Inclán, que no se sabía si lo escuchaba o si pensaba en otra cosa, los ojos cerrados, mesándose despaciosamente la famosa barba. Basterra insistía:

—¡Eh, D. Ramón! ¿Usted qué dice?

—¡Que es una es-tu-pi-dez! — afirmó D. Ramón con la misma lentitud, sin abrir los ojos, pronunciando las sílabas con un desprecio infinito.

Basterra se puso al rojo. Dió un brinco:

—¡Es imposible! ¡Es imposible vivir en España!

Salió, promoviendo un ciclón en el molino de la puerta, y desde entonces no lo volví a ver.

**Adolfo Salazar.**



## SOBRE RAMON BASTERRA

Sr. D. Pedro Mourlane Michelena.

En efecto, mi querido amigo. Como dice usted en las columnas dedicadas en "El Sol" de ayer — hoy, 28-1 — dedicadas a nuestro Ramón de Basterra, la carta en que me pedía que contribuyese a tal homenaje —contribución para mí obligatoria— llegó a mi poder tan tarde, que no habría podido sino a lo más enviarle cuatro líneas telefónicas y mal improvisadas. De nuestro Basterra, del Basterra de nuestra Bilbao de España, debería hablar con sosegada emoción.

Leí con agradecimiento — ¡así! — cuanto usted y los otros cinco dijeron de nuestro poeta. Poeta, es decir, creador. Y creador — o recreador, que es lo mismo — de lengua. Forjador, como nuestros antiguos ferrones, de un idioma vascocastellano tan acerado como flexible. Un idioma poético —creativo —con que nuestro pueblo sacará a luz entrañas que no habría podido sacar con nuestro milenario vascuence de abolengo. Hemos conquistado el romance castellano; pero lo hemos conquistado no para nosotros, sino para los españoles todos. Quiero decir para todos los que hablan este idioma imperial, incluso los filipinos del último canto de Rizal, esos filipinos a quienes ganó para la civilización universal nuestro Miguel López de Legazpi.

Luchó Basterra amorosamente —hasta con furia de amor— con este maravilloso idioma romance, en lucha en que las discordancias se hacen concordancias vizcaínas. Hay acaso secretos en el romance castellano que nosotros, los vascos, podemos descubrir mejor que los castellanos mismos. Secretos cantábricos y pirenaicos.

No soy yo, amigo Mourlane, quien debería escudriñar todo lo que el espíritu vasco ha dado y sigue en dar a nuestro común idioma universal castellano — escrúpulos de pudor y hasta de lo que de modestia me quede me lo vedarían—; pero aun así y todo, lo haré algún día. Y no se trata ya de aquel puro, sencillo, clarísimo y trasparente castellano de nuestro Trueba — las Encartaciones de Vizcaya en que él mamó su lengua es una de las comarcas en que mejor se ha hablado siempre la lengua española—, del Trueba de la "honrada poesía vascongada", que dijo, no sin dejo socarrón, D. Marcelino; se trata de otro nuevo castellano, del de nuestra Bilbao, de nuestra milagrosa Bilbao, de la Bilbao que le dió a Basterra, como me ha dado a mí, lo mejor de nuestro empuje creativo. Al pie de una vieja ferrería vizcaína habría que entonar las aceradas estrofas de Basterra, de hierro vizcaíno, largo ya en obras de palabra.

Aun me queda que decir. Siempre queda.

Y en tanto, en memoria de aquel poeta de cuyos íntimos dolores nos condolimos, le envía un abrazo,

**Miguel de Unamuno.**

**Salamanca, 28-1-35**

# Libros y Autores

*(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).*

Las últimas publicaciones de la Editorial Ercilla. Santiago de Chile:

El tomo IX de las «Obras Completas» de Augusto d'Halmar:

*La lámpara en el molino.* Novelas.

En el tomo XVII de las «Obras Completas» de Joaquín Edwars Bello:

*La chica del crillón.* Novela.

El tomo VI de la «Biblioteca América»:

Alberto Zum-Felde: *Indice de la poesía uruguaya contemporánea.*

Los folletos interesantes:

*La vida como enfermedad.* Por Jorge Orgaz, Prof. suplente de Patología Interna en Córdoba (Rep. Argentina).

Juan B. Terán: *Discurso de recepción del Dr. Octavio R. Amadeo* en la Academia de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Novbr. 16 de 1934. Buenos Aires. Rep. Argentina.

León Trotsky: *¿Qué es la Revolución de Octubre?* Conferencia pronunciada en el Stadium de Copenhague. Prólogo de Max Eastman y epílogo de León Trotsky sobre la Objetividad Histórica. Editorial Claridad. Buenos Aires. R. A.

Humberto Mata: *Nuevo sentido de la educación rural.* Quito. 1935.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

# El conde Lucanor

Por AZORIN

= Tomado del libro *Los valores literarios.* Tomo XI de las *Obras completas.* Rafael Caro Raggio, editor.—Madrid, 1921 =

1

**Un retrato imaginario.**—Este señor que estamos observando—año de 1329— es príncipe; su padre fué infante; su abuelo no era otro que el santo rey don Fernando. Se llama este caballero el príncipe don Juan Manuel. Ha peleado ardientemente en la guerra contra los moros; muchos años ha pasado en estas lides allí cerca del mar Mediterráneo, en la tierra murciana, donde hay palmeras y granados. Ha entrado ya ahora en la senectud; tiene el paso lento — un poco tremulante — y los cabellos canos. Toda su prestancia es de sosiego y de nobleza. En la mano derecha, ahora, cuando escribe, vemos lucir una gruesa esmeralda en cerco de oro. Escribe atentamente el caballero en su cámara, con el gesto sereno del Erasmo retratado por Holbein. En el silencio de la estancia se percibe el vago rasgueo de la cortada pluma sobre el blanco pergamino; de cuando en cuando, por la ventana abierta llega el lejano son—rítmico y sonoro—de una campana.

Cuando don Juan Manuel estaba en la guerra, su nota característica era el ímpetu y la decisión. Al cabo de los años, cuando la vejez ha venido, el príncipe quiere depositar en un libro su experiencia del mundo. En prosa clara, limpia, irónica a ratos, sentimental y patética de raro en raro, va escribiendo don Juan Manuel su libro en la soledad de su cámara. Dos personajes figuran en la obra: un gran señor y un consejero suyo. A las dudas del magnate, en los trances dificultosos de la vida, va respondiendo el consejero. Se llama aquél Lucanor; éste se apellida Patronio. Para mejor expresar su doctrina, Patronio refiere casos, anécdotas y sucedidos que vienen de molde a lo demandado por Lucanor. Luego, a la postre, referido el caso, el consejero hace la aplicación en palabras sencillas, bondadosas y graves.

Una cuarentena de historias componen el libro de don Juan Manuel. **El conde Lucanor** lo titulamos ahora Cuando nuestro caballero acaba de escribir uno de sus capítulos, se levanta, da unos pasos por la estancia, contempla sus libros, echa un vistazo por la ventana al paisaje. Desde la ventana se descubre el severo y noble campo de Castilla; una serranía azulina, con cimas blancas, cierra el horizonte; hasta la línea azul se extiende una campiña suavemente ondulada por los oteros y recuestos. Hay un encanto hondo en estas obras primitivas de nuestra literatura. En **La Celestina** la espontaneidad pasional va mezclada con alardes intempestivos de erudición; la fuerza, la emoción, el sentimiento del artista salva y hace olvidar estos engorrosos arrequives escolásticos. En **El conde Lucanor** todo es sencillo, limpio y claro; la prosa es como el paisaje clásico de Levante — que el autor tanto contemplara en su mocedad—, y el espíritu que entre líneas circula, el alma del libro, semeja por su gravedad, por su sutileza, a este otro panorama que don Juan Manuel contempla ahora, ya en la senectud, desde las ventanas de su cámara.

**Don Rodrigo.**—Para hacer ver lo que es el libro de nuestro autor, extractaremos algunos de sus ejemplos; el lector nos perdonará si añadimos pinceladas y detalles... Una vez vivía un caballero que se llamaba don Rodrigo Meléndez de Valdés. Asistía con su consejo al rey. Vivía holgada y cómodamente. Su casa era ancha y rica; un ancho huerto se abría detrás del edificio. Don Rodrigo caminaba lentamente; reposados eran sus ademanes. No gustaba en su morada de ruidos turbadores. Su mesa mostrábase blanca, limpia y bien abastada. Cuando hablaba nuestro caballero, lo hacía con palabras mesuradas y breves. Su sosiego era inalterable. Si le acontecía un contratiempo, don Rodrigo exclamaba sin irritarse: "¡Bendito sea Dios; ca pues El lo fizo, esto es lo mejor!" Siempre esta reflexión estaba en los labios del caballero. No había pesadumbre ni angustia, por terribles que fueran, que lograran sacarle de esta su sabia conformidad. Las gentes que le rodeaban llegaron a tomar enojo de esta ecuanimidad. Sin duda el sosegado caballero no tenía alma.

Aconteció que los enemigos de don Rodrigo pusiéronle a mal con el rey. Dijéronle al rey que el caballero había maquinado contra él una gran maldad. (Los reyes se dejan engañar fácilmente.) El rey mandó matar a don Rodrigo. Llamólo a su palacio y concertó con sus cortesanos que cuando don Rodrigo se hallase en camino lo matasen. Nuestro caballero, con su sosiego de siempre, se dispuso al viaje. Ya sale de su cámara. Ya va a bajar la escalera. De pronto da un traspiés, rueda por los escalones y se quiebra una pierna. Las gentes del caballero plañíanle y le decían: "Vos que decides siempre: **Lo que Dios hace, esto es lo mejor,** tened vos ahora este bien que Dios vos ha fecho". Y el caballero movía tristemente la cabeza y perduraba en su conformidad con lo acaecido.

No pudo don Rodrigo acudir al llamamiento del rey. Con ello salvó la vida. Descubrióse tiempo después la falsedad de lo imputado al caballero, y el rey le perdonó, con nuevas mercedes y mandó castigar a los engañadores. La moralidad del caso podemos exponerla en dos palabras. Conformémonos con la realidad cuando contra la realidad no podemos hacer nada. Reaccionemos contra la realidad cuando la realidad pueda ser modificada por nosotros. "Devedes entender que aquellas cosas que acaescen son en dos maneras. La una es, si viene a hombre algún embargo en que se pueda poner consejo. La otra es, si viene a hombre algún embargo en que se non pueda poner consejo alguno". Cuando llegue el primero de estos dos casos y la adversidad sea contra nosotros, por nuestra inercia, no nos quejemos, no nos plañamos del Destino ni de la Providencia; en nuestras manos ha estado nuestra salvación y no la hemos querido aprovechar. Cuando nos acontezca lo segundo, es decir, cuando no podamos, ni por ingenio o por fuerza, torcer el curso de los hechos, no nos lamentemos tampoco, no nos expandamos en vanos gemidos y reproches: seamos dignos en nuestra actitud; mostrémonos tranquilos, serenos, ante la inexorable corriente de las cosas.

2

**Va hede ziar Alhaquime.**—Una vez era un rey... Era un rey moro. ¿Dónde vivía este rey? ¿Dónde reinaba? Vivía y reinaba en Córdoba; hace ya de esto muchos siglos. El palacio de este

# El sexto centenario de una obra famosa "El conde Lucanor"

Por ROBERTO F. GIUSTI

= De *La Prensa.* Buenos Aires. 23 Septiembre, 1934 =

No sé si los ojeadores de fechas famosas, históricas o literarias, han advertido la proximidad de una merecedora de ser destacada entre ciento en los anales de la literatura española: el sexto centenario de **El conde Lucanor**, del infante don Juan Manuel.

Por estos mismos días, hace seiscientos años, en uno de los cortos períodos de tregua que podía permitirse este prócer castellano, sobrino, primo, tío y suegro de reyes, en su vida revuelta de señor feudal, iba él llevando a término aquel libro famoso, empezado hacia 1328 y firmado en su castillo de Salmerón, en tierras ganadas a los moros en el reino de Murcia, el día doce de junio de la era de 1373, la cual corresponde al año de Cristo de 1335. Ya es tiempo, pues, de recordar este centenario para prepararse dignamente a celebrarlo, tanto más cuanto que la parte del libro universalmente conocida, que es la primera, estaba terminada en 1334.

Es una figura la de don Juan Manuel que no puede menos de interesar grandemente a los exploradores del pasado, porque la sentimos muy cerca de nosotros. El es el tipo, rarísimo en sus días, nada infrecuente en los tiempos modernos y muy particularmente en el siglo XIX, del político ambicioso, cauto y revolvedor, el cual es a la vez refinado hombre de letras, y en sus escritos, moralista entre severo y desengañado. Es el letrado medieval a cuyo propósito se ha dicho con palabras del marqués de Santillana, hombre de la misma estirpe moral e intelectual, que "la ciencia no embota el hierro de la lanza ni hace floja la espada en la mano del caballero". Un tercer prócer literario, de parecida fisonomía, aunque de perfil más duro, viene naturalmente a la memo-

*(Pasa a la página siguiente)*

monarca debía de ser espléndido. Serían los pisos de grandes losas de mármol blanco. Se tejerían y destejerían por las paredes arabescos azules, rojos y dorados. Los techos serían de oloroso e incorruptible alerce. Habría fuentes de ancho tazón en que caería — levemente — un surtidor de agua. (Y en que también, en una hora trágica, caería, pesadamente, con un sordo ruido, una cabeza ensangrentada.) Encuadrado en el patio — un patio con mirtos — se vería un pedazo de cielo azul diáfano. Por una ventanita de una cámara silenciosa se vería, allá en la lontanaza, la serranía parda... Alhaquime se llamaba el rey. Se aburría angustiadoramente el rey. Debía de tener una carne blanca, un poco fofa, unos ojos soñadores, de miradas largas y lentas, y unos labios sensuales, de hombre que lo ha gustado todo y de todo se ha hastiado. Alhaquime vagaría por las salas anchas y calladas de su palacio. No detendría su mirada en las rosas rojas de los jardines, ni en el cielo azul, ni en los arabescos de los muros. Cuando sus mujeres bailaran una danza lenta y milenaria; cuando los suaves instrumentos tañeran una música melodiosa, Alhaquime, sin parar atención en los movimientos rítmicos, eurítmicos, de las beldades, pondría su mirada a lo lejos, indefinidamente, como hombre abstraído por completo del mundo.

Sin embargo, esta dulce música que suena entra en sus oídos y llega a su espíritu. Plácenle al rey unas melodías singulares que el albogón hace, en tanto que los demás instrumentos callan, Alhaquime ama el sonido del albogón. Tanto le place, que, escuchando su tañido, él ha llegado a creer que este son que el albogón produce podrá ser todavía perfeccionado. Mucho piensa el rey en este problema musical; largos ratos se lleva imaginando cómo el albogón pudiera ser modificado. Al cabo halló la manera. "Tomó el albogón y añadió en él un forado a la parte del yuso, en derecho de los otros forados, y dende en adelante faría el albogón muy mejor son que hasta entonces facía".

Lo hecho por Alhaquime estaba bien hecho; no se podría negar. Mas no era aquella cosa en que pudiera emplearse un rey. ("Non era tan gran fecho como convenía de fazer al rey".) Por esto las gentes comenzaron a loar desmesurada e hiperbólicamente, a manera de escarnio, la hazaña del rey. Todo era comentarios, risas, sonrisas y alusiones en las cámaras y retretes de palacio. Todo eran burlas y trebejos entre los populares. "Y decían cuando llamaban a alguno, en arábigo: **Va hede ziar Alhaquime,** que quiere decir: **Este es el añadimiento del rey de Alhaquime"** El añadimiento regio de un agujero al albogón era, en suma, comidilla de todos los vasallos del rey moro. Tanto se habló del caso, tan sin rebozo llegaron a ser burlas, que el monarca se percató de ello. Preguntó Alhaquime a sus cortesanos, y aunque los cortesanos son artificiosos y lisonjeros, al fin tuvieron que hacer lo que rarísima vez hacen: decir la verdad. Alhaquime, el rey de la mirada absorta y de los labios sensuales, debió de sonreír. Y un día, mandando juntar todos los alharifes, tallistas y estofadores de su reino, mandó que la mezquita de la ciudad, hasta allí harto menguada, fuese ensanchada y ornada espléndidamente. Desde entonces, cuando los moros quieren loar alguna empresa grande exclaman: "Este es el añadimiento del rey Alhaquime!" es decir: **"Va hede ziar Alhaquime!"** Así el loamiento que antes se hacía por escarnio, después se hizo por entusiasta admiración.

Cuando nosotros, hombres del siglo xx, empapados en la civilización occidental, entremos ahora a lo largo de nuestras andanzas en el patio de la mezquita de Córdoba y allí, gozando del silencio, de la paz y del cielo azul, nos detengamos entre los naranjos, exclamemos también: **Va hede ziar Alhaquime!** Y pensemos ante esta mezquita maravillosa que aquel rey mandó agrandar; pensemos — nosotros, artistas, políticos — que están bien las menudas y pulidas obras, pero que están mejor —que ese debe ser nuestro ideal— las grandes, levantadas, generosas obras en que pongamos nuestro corazón y nuestra fe.

**Don Cuervo y don Raposo.**—Un cuervo va volando por el azul. Lleva en el pico un pedazo de queso: "un pedazo de queso muy grande". Va contento el cuervo; debe de haber cogido este queso de algún cestillo que llevaba un niño al mercado; los ojos del mozuelo habrán visto asombrados cómo de pronto el cuervo remontábase a lo alto llevándose en el pico el queso. Ahora el cuervo va a darse un suculento hartazgo. Se posa en la rama de un árbol. ¿En la rama de un ciprés? El ciprés es de las cornejas. ¿En la rama de un olivo? El olivo es de los mochuelos; cada mochuelo tiene su ramita en un olivo. En la rama de un almendro? El almendro es de los cuclillos; en Levante, durante las claras noches, en el llano plantado de grandes, sensitivos almendros, los cuclillos tañen su flauta de dos notas... El cuervo se para en un árbol cualquiera; esta estada del cuervo ee una rama es accidental, fuera de sus costumbres. No nos imaginamos a los cuervos posados serenamente en un árbol, sino volando, volando, volando por los cielos azules o cenicientos, desde donde bruscamente descienden a las llanuras rasgadas por interminables surcos paralelos. Nuestro cuervo se halla posado en un árbol; en el pico tiene su queso; está indeciso. ¿Se lo comerá aquí o en la escondida quiebra de una montaña?

Aparece el raposo. El raposo hállase pasando unos días muy amargos; tal premia como ésta no la ha pasado él nunca. No cae ni una gallina, ni una perdiz, ni una ingenua cogujada. Está harto el raposo de comer grillos y saltamontes; los racimos de los majuelos están aún verdes. El raposo oye un leve ruido en un árbol y levanta la cabeza. Allí hay un cuervo con queso en el pico. Ya tiene pitanza el raposo para el día de hoy. He aquí cómo el raposo comienza a hablar al cuervo: "Don Cuervo..." (Cortés, exquisitamente cortés, según veis, es el raposo; por tanto, con el don con que él agracia al cuervo le agraciaremos también a él nosotros.) Dice así don Raposo: "Don Cuervo: muy gran tiempo ha que oí hablar de vos, y de la vuestra nobleza, y de la vuestra apostura, e como quier que vos mucho busqué, non fué la voluntad de Dios, nin la mi ventura, que vos pudiese fablar hasta ahora; y ahora que vos veo, entiendo que ha mucho más bien en vos de cuanto me dezían. Y porque veades que vos lo non digo por lisonja, también como vos diré las apostura que en vos entiendo, también vos diré las cosas en que las gentes tienen que non sodes tan apuesto".

Nótese cómo don Raposo da color de verdad sincerísima a su lisonja; él dirá las gentilezas de don Cuervo, pero también le dirá a don Cuervo las cosas que, según las gentes, no están bien a don Cuervo. Dicen las gentes que el color negro es desapacible; negros tiene don Cuervo el pelaje, los ojos, las garras, el pico. Eso dicen las gentes; mas las gentes se engañan. Porque, ¿qué color más hermoso en los ojos que el negro? Las péndolas del pavón, ¿no son negras también? Y ¿habrá animal más bello que el pavón...? Todas las cosas, en fin, son cumplidas y graciosas en don Cuervo; todo: las plumas, las garras, el pico, el volar majestuoso y raudo. Con todo ello sería gran mengua si don Cuervo no supiese cantar. Don Raposo está seguro de que don Cuervo canta maravillosamente; pero, por desgracia, él no le ha oído nunca. ¿No podría hacerle don Cuervo la merced de cantar? "Si yo pudiese de vos oír el vuestro canto — dice zalameramente don Raposo—, para siempre me ternía por de buena ventura". Don Cuervo, emocionado, enternecido, va a cantar. Abre el pico, cae el queso... Instantáneamente don Raposo lo coge y se aleja corriendo.

Las más dañosas falsías son aquellas que se realizan con elementos de la verdad. Sepamos, en todo caso, resistir a la lisonja; más difícil es permanecer ecuánimes ante el elogio que ante la diatriba. Artistas, poetas, pintores, oradores: cuando se nos haga alguna loanza, no salgamos de nuestro diapasón habitual. Leamos serenamente los elogios; sepamos distinguir lo que en ellos hay de exacto, y lo que en ellos se debe a las circunstancias y al afecto del loador. ¿Qué harán de todos estos elogios las generaciones venideras? ¿Y qué pensar de los elogios cuando vemos frecuentemente, ponderadas en nuestra obra aquellas partes deleznables, efímeras, a que no damos importancia, mientras los entusiastas admiradores pasan en silencio, ignorándolas, aquellas otras en que hemos puesto fervientemente toda nuestra alma?

*(Concluirá en la entrega próxima)*

## *El sexto centenario...*

*(Viene de la página anterior)*

ria cuando se recuerda a los dos citados entre quienes está cronológicamente a igual distancia: el canciller, pero López de Ayala, político calculador y tornadizo, cronista frío

y escrutador, moralista severo, acusador de los propios yerros en el "Rimado de palacio". Los tres, hábiles allegadores de bienes y títulos en los azares bien aprovechados de la guerra exterior y las contiendas civiles. Su modernidad reside precisamente en en su complejidad espiritual, que no es duplicidad consciente, como podría suponerse mirando por encima, sino conflicto entre el hombre práctico, codicioso de honores y fortuna, necesitado de obrar y mandar, y el hombre ético, replegado, en la soledad, sobre sí mismo, que da a las cosas humanas no más del valor que tienen y capaz de disecar y juzgar su propia conducta confrontándola con el modelo ideal propuesto por los filósofos y moralistas. La conciencia se abre paso en don Juan Manuel a través de la fiereza del instinto y la pasión, sujetándolos.

Otro signo de modernidad es en él su amor al libro bien presentado, esmeradamente compuesto y corregido. No se recuerda en la literatura castellana ejemplo más antiguo de una edición definitiva y enmendada, hecha voluntariamente por el autor con el propósito de salvar la propia obra del olvido, la mutilación y el falseamiento, que la que él preparó, completa, de todos sus libros, en un volumen cuidadosamente copiado, que hizo guardar en el monasterio dominico de Peñafiel, fundado por él en una de sus heredades: intento inútil, porque aquel códice se ha perdido y solamente nos quedan de los libros del infante cinco copias diferentes e incompletas, ignorándose hoy la suerte corrida por algunos de aquéllos.

Conocemos de él una carta autógrafa, una sola, escrita en 1332 al rey de Aragón, Alfonso IV, anunciándole una visita a Valencia para participar en una partida de caza. (Era don Juan Manuel, como todo caballero de su tiempo, grande amigo de la caza, sobre la cual nos ha dejado un libro). Es una carta gentil, en cuyos términos se muestra la delicadeza y cordialidad de su ánimo. Escrita de su mano, él lo dice, en letra cursiva gótica, en renglones espaciados y regulares, con trazos firmes y bien perfilados, confirma el juicio que de su ponderación y equilibrio formamos por sus muchos libros.

Y pues no hemos tenido la satisfacción de ver el retrato de este señor del siglo XIV, tal como lo presentó, aseguran, Bernabé de Módena, en un retablo de la catedral de Murcia, habremos de figurárnoslo — como lo fingió Azorín, que lo ama por afinidad espiritual — escribiendo en su cámara, con el gesto sereno del Erasmo retratado por Holbeim.

Distinción, elegancia, aristocracia, son los caracteres de la obra literaria de don Juan Manuel. En esa vasta obra, que pertenece casi toda a la literatura didácticomoral en boga en su tiempo, el libro llamado **El conde Lucanor**, concluído por él a la edad madura de los cincuenta y tres años, es el que lo ha hecho el escritor más notable de su siglo en la prosa castellana, así como su contemporáneo el Arcipreste de Hita lo es en el verso. Pero tampoco el libro entero, formado de cinco partes, cuatro de las cuales, breves, rara vez publicadas, son de escaso o ningún interés, colecciones de máximas en las que don Juan Manuel, accediendo al gusto pueril y bárbaro de su siglo, se entretuvo en hablar oscuramente, jugando con las palabras con agudezas, repeticiones, antítesis y trastrocamientos absurdos. De **El conde Lucanor** viven los cuentecillos de la primera parte — diremos cincuenta, sin disputar sobre el número—: anécdotas, hechos de crónicas, fábulas, apólogos, proverbios, parábolas, alegorías, moralidades, de distinta procedencia, latinoeclesiástica u oriental, con predominio de esta última en esa España mitad mora, mitad cristiana, que se había puesto en comunicación con la cultura antigua principalmente a través de los árabes. Este libro representa un momento capital en la historia de la novelística europea; si bien indudablemente inferior al "Decamerón", le antecede en algunos años.

Compilaciones de ejemplos podía leerlas don Juan Manuel en castellano, en árabe y en latín, centones de cuentos de diverso origen, o versiones, como el "Calila" y "Dimna", de remota fuente india, y en ellas tomó a su gusto nuestro escritor los asuntos de los suyos; pero aquéllos son otra cosa, traslados secos, descarnados, casi siempre abstractos, de un argumento que la erudición puede rastrear a lo largo de los siglos y las literaturas antiguas, como acontece con toda la novelística popular. Don Juan Manuel supera esas compilaciones de ejemplos, escritas para enseñanzas de clérigos y laicos, porque aplicó su ingenio a referirlos nuevamente con manifiesta complacencia de escritor que sabe individualizar acción y personajes con toques de discreto realismo.

Lo que menos importa es el aparato didáctico de esos relatos. El conde Lucanor consulta a su consejero Patronio sobre un caso de conducta, a menudo traído de los cabellos para justficar el cuento; el escudero refiere el cuento al caso, el "enxiemplo", del cual saldrá la moraleja oportuna, resumida luego en dos o cuatro renglones rimados. El procedimiento siempre es el mismo; pero los cuentos son diferentes, con gran variedad de asuntos. Reduce a anécdotas, generalmente breves, su experiencia de la vida, sucesos históricos, cuentecillos populares, alguna parábola evangélica, fábulas esópicas y orientales. En el modo personal de referirlas y no en la originalidad del asunto, la cual entonces no era un valor en el mercado literario, es donde se muestra, en el círculo de su arte primitivo, el talento de don Juan Manuel.

No se busque en él la riqueza de la vida, el derroche de colores de sus contemporáneos, el Boccacio y el Arcipreste de Hita. Todo es medido en **El conde Lucanor**, más perfilado que pintado. Falta en este libro la alegría de vivir que estalla en la novelística italiana y francesa; un poco, porque el autor era grave como su tierra castellana; un poco, porque no se comunicó, infante real, con el pueblo, que siempre es menos encogido que los poderosos. No conoce las gordas facecias de los "fabliaux" o de los "novellieri", ni el lenguaje virulento de la sátira. No hay en su libro una imagen grosera, una palabra malsonante. No hay risotadas: sólo de cuando en cuando la sonrisa irónica de quien ya está de vuelta. Su virtud es el decoro. Para él la vida ejemplar reside en la cordura, la humanidad, la lealtad, la amistad segura, la fe en Dios, templadas por la prudente desconfianza y la astucia. El amor, sea la mera satisfacción de los sentidos, o el metafisiqueo galante de los poetas provenzales, o la exaltación ardorosa de las novelas bretonas, no ocupa ningún lugar en los libros de don Juan Manuel. El infante no sabe celebrar sino la sumisión y devoción de la esposa al esposo.

Todos sus relatos proceden con pausada gradación lógica, en una prosa limpia y bien explícita que ignora los atajos del pensamiento sobrentendido y elíptico, porque les era menester entonces a los escritores que se probaban en el romance ordenar y clasificar sus ideas, reconocerlas y pesarlas, antes de expresarse. Bajo su mano se ductiliza y afina la lengua, ya muy sabrosa aunque de giro rígido y demasiado uniforme, de la "Crónica general" y "Las Partidas" que mandó componer su tío Alfonso el Sabio, a quien don Juan Manuel veneraba y seguía.

Es verdad que para nosotros algunos de esos cuentos adquieren mayor valor por los ecos que despiertan en nuestra memoria, cuando reconocemos en esta obra antigua de seiscientos años historias que nos son familiares. Uno de esos ejemplos es la fábula de doña Truhana, a quien, mientras fantaseaba riquezas, cayósele la olla de miel que llevaba en la cabeza: uno de los tantos pasos de la tradición que va desde un viejo apólogo indio hasta las modernas fábulas de la lechera, de Lafontaine y Samaniego. Y a la misma categoría de fábulas divulgadas en todos los idiomas, pertenece la del raposo y el cuervo, donde las alabanzas del zorro tienen un desarrollo más amplio que en la célebre versión de Lafontaine. En otra página nos encontramos con la fuente acaso de la muy traída y llevada décima de Calderón: "Cuentan de un sabio que un día"... Y si leemos la historia de los burladores que hicieron un paño mágico para el rey, descubrimos una versión más antigua y más picaresca de un lindísimo cuento que leímos de niños en Andersen. Y si la del mancebo que casó con una mujer muy fuerte y muy brava, damos con una versión más primitiva e ingenua del asunto de "La fierecilla domada", de Shakespeare. En fin, las derivaciones y vinculaciones, directas o indirectas, de la literatura dramática y narrativa con este pequeño libro son innumerables, y de ahí su importancia no sólo en nuestra literatura, sino en la historia de las literaturas comparadas.

Por eso y por lo que representa en la evolución de la prosa castellana, mantener fresca la memoria de este libro y divulgarlo, no es hacer otra cosa que rendir homenaje a una aportación nada insignificante del talento literario, a esa comunidad entre los pueblos y las generaciones que el espíritu crea por encima de las fronteras del tiempo y del espacio.

## *Cómo deben los niños..*

*(Viene de la página siguiente)*

dicha, cuando se convence de que los pobres han cerrado los oídos a los que comercian con su buena fe y sólo prestan atención a los que nada quieren para sí y están siempre de su lado.

Martí repetía que el cubano debía combatir hasta la muerte, mientras no tuviera felicidad en su tierra. El cubano de hoy es más pobre, más desvalido, más desdichado que cuando Martí lo llamaba a la lucha. Luego, para guardar fidelidad a Martí y quererlo de veras hay que luchar sin perdón contra los que hacen infeliz al cubano. Los niños que son, como decía Martí, la esperanza del mundo, deben hacer su esfuerzo propio en esta gran lucha, deben prepararse a ella estudiando mucho para saber cómo se realiza la libertad, deben oír mucho a los hombres sinceros que con su vida han demostrado que no quieren ser poderosos con la ayuda del yanqui opresor, ni han adulado al Embajador de los Estados Unidos para, con su apoyo, ser gobernantes de un pueblo de esclavos. Los niños deben recordar mucho a José Martí y demostrar con hechos que entienden bien el sacrificio de su vida y el significado de su muerte, trabajando como trabajó él por la libertad verdadera de los cubanos, la libertad que les permita vivir de su propio esfuerzo sin zánganos que chupen su sangre y duerman sobre su dolor.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

# *Cómo deben los niños cubanos recordar a Martí*

Por JUAN MARINELLO

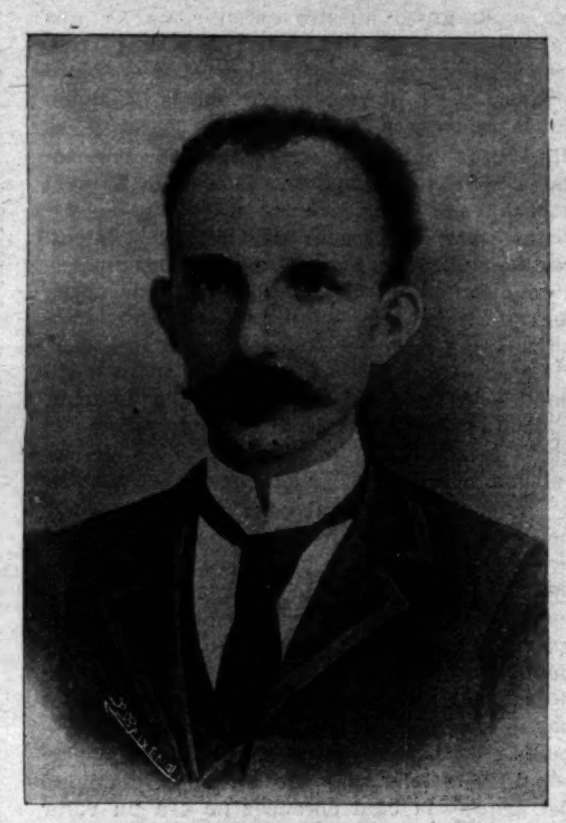
= De *La Palabra*. La Habana =

Hoy (1) se cumplen, niños cubanos, ochenta y dos años del nacimiento de un hombre que fué por muchas circunstancias, distinto de los demás hombres, de un hombre que tuvo la rara preocupación de no pensar nunca en lo que convenía a su provecho, sino en lo que interesaba a los cubanos. Cada vez que se sentaba a escribir o que se dirigía a la tribuna, o que presidía una junta, o que organizaba un club revolucionario, pensaba en la manera más rápida de aliviar la pena de los hombres. Martí había leído muchos libros en distintas lenguas y sobre cosas diversas. Hablaba y escribía, además, como no lo ha hecho ningún hombre después de él. Pero, en vez de hacer lo que hacen los que saben mucho y hablan y escriben con belleza, que es utilizar sus dotes para hacerse ricos y poderosos, él atesoró sabiduría y derrochó elocuencia para que los cubanos tuvieran una vida feliz.

Martí fue un niño ejemplar, es decir, que podía servir de modelo a los demás niños. Amó tierna y ardientemente a su madre, respetó a su padre, hizo del libro su mejor amigo y fué cariñoso y franco con sus compañeros. Tan pronto vió, de muy pocos años, que su tierra estaba mal gobernada, que los españoles que mandaban en Cuba tenían a los cubanos como inferiores a ellos, dijo en alta voz su deseo de que Cuba cambiara de gobernantes para que todos los hombres que en ella vivieran tuvieran respeto en sus acciones lícitas. Lo que Martí empezó de niño lo continuó sin tibieza a lo largo de toda su vida. Su sueño y su realidad fué siempre la libertad de Cuba. Por este ideal padeció mucho en su isla y en países lejanos. Preparó la revolución de 1895, que echó a España de Cuba y, para dar ejemplo y culminar su sacrificio, murió en Dos Ríos como había deseado y presentido: peleando por la independencia cubana.

José Martí debe ser muy querido por los niños de Cuba porque luchó y murió por el bien de los cubanos, pero, además, porque amó con la entraña a los niños de Cuba. Su amorosa devoción por los niños, por todos los niños, no encuentra parecido en ningún hombre grande. Escribió una revista titulada **La Edad de Oro**, dedicada exclusivamente a los niños. En esta revista hay cuentos, poesías, descripciones de ciudades y pueblos y biografías bellísimas escritas por Martí con el corazón latiendo por sus niños. Ningún niño cubano debe dejar de leer y meditar **La Edad de Oro.**

(1) 28 de enero de 1935.



*José Martí*

Los niños de Cuba deben imitar a José Martí en aquel impulso que lo hizo trabajar siempre porque sus compatriotas vivieran sin esclavitud. Ahora, como en los días en que Martí vivió, pesa sobre los cubanos una dura opresión. Ahora no es España, sino los Estados Unidos los que hacen miserable la vida de los cubanos. Ahora, lo mismo que cuando mandaba España en Cuba, hay un grupo pequeño de hombres que están de acuerdo con el opresor para explotar al pueblo. Los niños de ahora deben combatir, con la misma energía que combatió Martí siendo niño, a los explotadores extranjeros y a sus auxiliares criollos. Pero, así como Martí decía que los españoles no eran malos por ser españoles, sino que lo eran los que venían a Cuba a vivir del esfuerzo de los cubanos, así ahora el niño no debe querer mal al hombre nacido en los Estados Unidos. En los Estados Unidos hay muchos hombres que atacan a sus compatriotas malos y los desenmascaran porque vienen a chupar la sangre de los trabajadores cubanos. Hay que estar en contra de los que vienen a Cuba a vivir de ella, a enriquecerse con el trabajo de los cubanos pobres.

La explotación que ahora sufren los cubanos es mucho más cruel que la que padecían en tiempos de José Martí. Porque ahora las cosas que más valen como los ingenios grandes, las fincas de caña, las vegas de tabaco, los grandes sembrados de naranjas y cocos y muchas fábricas importantes, son de compañías norteamericanas. Estas compañías quieren ganar mucho dinero en poco tiempo y por eso pagan a los cubanos jornales que no les son suficientes ni para comer. Como que esas compañías son las dueñas de las fábricas y de las tierras, imponen a los trabajadores una vida de privaciones y miserias. El trabajador que se rebela contra la opresión de la empresa es lanzado en seguida al camino real donde se convierte en mendigo. Las cosas no pueden seguir así porque no tiene explicación que un grupo pequeño mantenga en la desgracia a todo un pueblo. Para que todo cambie hay que hacer ahora lo que hizo Martí en su tiempo, es decir, luchar sin descanso porque el cubano salga de la esclavitud en que gime. Ahora también hay que reunir a los cubanos para que se dispongan a la lucha contra sus opresores. La tierra de la isla de Cuba debe ser para los que viven en la isla. Quiere esto decir, que es necesario quitar esas tierras a las compañías que ahora las tienen. Cuando las tierras sean de los que viven en Cuba, no podrá explotárseles duramente como ahora. Cuando sean los cubanos los que laboren sus propios campos, no podrá echárseles de ellos por la sola voluntad de un administrador de ingenio yanqui.

El gran cambio que hay que hacer en Cuba para que las tierras vuelvan a manos cubanas no puede lograrse pidiéndoselo al gobierno, porque el gobierno ahora como en los días de Martí, no es más que un criado de los que poseen las tierras y las fábricas. Cuando Martí llamaba a sus compatriotas a luchar contra España, había en Cuba unos políticos que hablaban muy bien y eran finos y bien vestidos, que querían ser gobernantes de acuerdo con España y que sostenían que con buenas razones y sin lucha, podía convencerse a España de que abandonara a Cuba. Ahora también hay unos políticos bien vestidos, y que hablan con mucha elegancia y han leído muchos libros, que dicen al pueblo que no hay que pelearse con el yanqui que tiene nuestras tierras y nuestras fábricas, sino entenderse con él y convencerlo de que nos debe tratar con menos dureza. Y lo mismo que cuando Martí, los explotadores no se irán sino cuando vean a todo el pueblo en un frente de lucha dispuesto a morir por su tierra, por su pan y por su libertad. El poderoso no teme al desposeído, sino cuando lo ve codo con codo junto a su hermano en des-

(Pasa a la página anterior)

Imprenta «LA TRIBUNA»